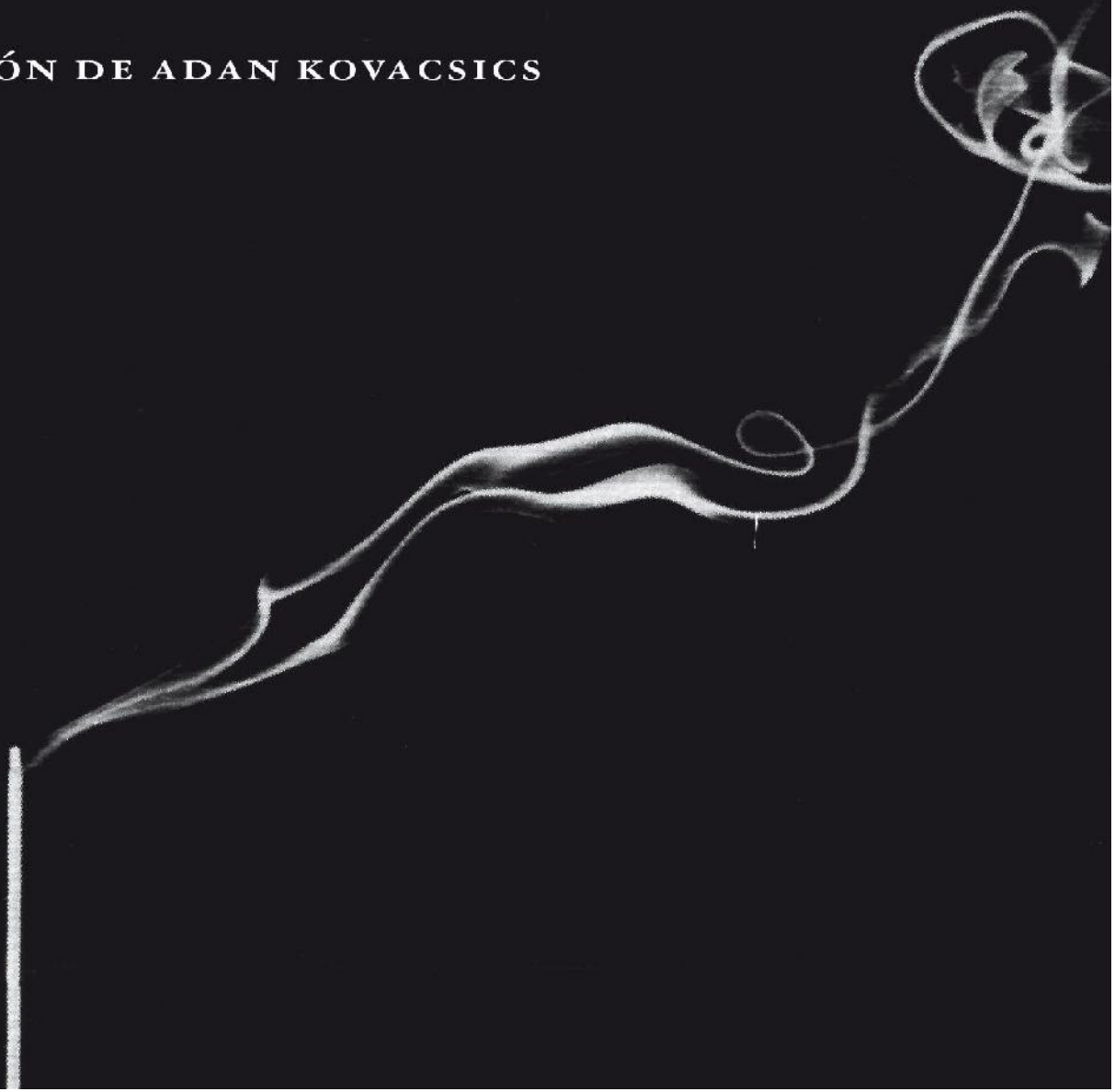


A C A N T I L A D O

László Krasznahorkai
Al Norte la montaña,
al Sur el lago, al Oeste
el camino, al Este el río

TRADUCCIÓN DE ADAN KOVACSICS



*AL NORTE LA MONTAÑA, AL SUR EL LAGO, AL OESTE EL CAMINO,
AL ESTE EL RÍO*

LÁSZLÓ KRASZNAHORKAI

TRADUCCIÓN DE ADAN KOVACSICS

Al sur de Kioto, junto a la vía del tren de la línea de Keihan, a sólo una parada de la ciudad, hay un monasterio. Una escalada laberíntica conduce al nieto del príncipe de Genji a este lugar apartado. No muy lejos de allí, dicen, tiene que hallarse el jardín más hermoso del mundo. Camina por todo el recinto del monasterio como movido por una fuerza interior. Una construcción sutil ha dado forma a la naturaleza, cada cosa tiene su lugar y cada forma su significado. Y así se desplaza una mirada perspicaz y minuciosa sobre la naturaleza, sobre las plantas, el viento y los pájaros, pero también sobre la arquitectura, las pagodas, las terrazas y los patios. Dejar que lo pequeño devenga grande, desplazar lo secreto al centro de atención, rastrear la belleza de lo cotidiano, eso es lo que hace László Krasznahorkai en este viaje literario al Japón, un libro de una prosa embriagadora, fascinante, que nos transporta al universo ideológico y sentimental del país nipón.

PRIMERA EDICIÓN *noviembre de 2005*

TÍTULO ORIGINAL *Északról hegy, Délrol tó, Nyugatról utak, Keletrol folyó*

Publicado por:

ACANTILADO

Quaderns Crema, S. A., Sociedad Unipersonal

©2003 by László Krasznahorkai

© de la traducción, 2005 by Adán Kovacsics

© de esta edición, 2005 by Quaderns Crema, S. A.

Derechos exclusivos de edición en lengua castellana:

Quaderns Crema, S. A.

ISBN: 84-96489-26-4

DEPÓSITO LEGAL: B. 47.700 – 2005

AIGUADEVIDRE Gráfica

QUADERNS CREMA Preimpresión

ROMANYÁ-VALLS Impresión y encuadernación

Nadie lo ha visto dos veces.

II

El convoy no corría por raíles sino por un único e impresionante filo de navaja, de tal manera que todo comenzó con el delirio equilibrado y agorero que caracteriza el orden del tráfico urbano y con un tembloroso pánico interno que marcó su llegada en el tren de la línea de Keihan, y fue bajarse después de Shichijo junto a la antigua y ya desaparecida puerta de Rashomon, en el barrio de Fukuine, y ver de pronto otro tipo de construcciones, otro tipo de calles, como si se hubiesen perdido de repente los colores y las formas, o sea, que le dio la sensación de haber salido de la urbe, de que bastaba una sola estación para dejar atrás Kioto, una ciudad que aun así no perdía su profundo misterio y menos de forma tan repentina, de modo que se encontró, pues, al sur de Kioto o, más concretamente, al sudeste, y allí emprendió la marcha, por calles estrechas y laberínticas, ora doblando a la izquierda, ora volviendo a la línea recta, ora doblando otra vez a la izquierda, de tal forma que al final debería haberse sentido del todo desorientado y, en efecto, lo estaba, pero aun así no se detuvo, no preguntó, no inquirió nada a nadie, sino todo lo contrario, continuó sin plantear preguntas, sin asombrarse ni detenerse titubeante en una esquina tratando de averiguar la vía que debía seguir, pues algo le hacía presumir que de todas maneras encontraría lo que buscaba, allí, en aquellas calles vacías con las tiendas cerradas, pues en ese momento descubrió, además, que no habría hallado a nadie dispuesto a ayudarlo a dar con el camino porque estaba todo desierto, como si en algún lugar se celebrara una fiesta o se hubiera producido una desgracia, pero lejos de allí, en otro sitio, donde este pequeño barrio no interesaba a nadie, ya que se habían marchado, todos cuantos allí vivían se habían ido, no quedaba ni un alma, no se veía ni a un niño perdido, ni a un vendedor de pastas, ni una cabeza que, espiando inmóvil y atenta tras las rejas de una ventana, se retirara de improviso, nada de lo que podía suponerse que apareciera a última hora de una mañana tranquila y soleada, o sea, que comprobó que estaba solo, dobló a la izquierda y siguió luego en línea recta, hasta tomar conciencia de que llevaba un rato ascendiendo, de que las callejuelas por las que iba ora hacia la izquierda, ora en línea recta, conducían desde hacía un tiempo todas cuesta arriba, aunque no podía asegurar nada más, por cuanto no podía afirmar que la pendiente hubiese empezado aquí o allá, sino tan sólo que se trataba de una toma de conciencia, de la sensación determinada de que, con él, todo llevaba un rato subiendo... y así se topó

con un muro a su izquierda, carente de todo adorno, hecho con adobe sobre una nervadura de bambú, pintado de blanco y rematado con unas tejas un tanto desgastadas de color turquesa puestas de través, por cuyo lado transcurría largo trecho la acera, y no ocurrió nada, no se podía mirar por encima, ya que el muro era demasiado elevado, de modo que no era posible ver qué había en el interior, y no existía en el camino ni ventana, ni portezuela, ni resquicio alguno, y cuando llegó a una esquina torció a la izquierda, y a partir de allí continuó el camino arrimado a la pared, hasta que acabó y desembocó en un puente de madera ligero y delicado que parecía flotar precisamente por su ligereza y delicadeza, un puente hecho de madera de ciprés y provisto de una cubierta de corteza también de ciprés, entre cuyas columnas perfectamente pulidas había unos bancos reblandecidos y curtidos por la lluvia que se mecían suavemente como si respondieran a los pasos, y abajo, a los dos lados: la profundidad, toda verde. La vegetación había cubierto densamente el pequeño valle, y los árboles de espeso follaje —arces y robles jóvenes—, y los densos arbustos silvestres, abundaban tanto en las pendientes como más adelante, allá adonde apuntaba el puente: verde exuberante, verde por doquier.

Después de salvar el valle con su arco, el puente terminaba, pero no empezaba nada nuevo, sino que continuaba la pared, el adobe carente de adorno, pintado de blanco, rematado por esa doble hilera de tejas color turquesa puestas de través. Caminó, pues, sin desfallecer, buscando la entrada, con la sensación de que esta particular longitud, de que la cerrazón e invariabilidad inamovibles del muro a su izquierda, no sólo servían para señalar simplemente la existencia de un terreno enorme sino también para comunicar que esto no era una pared, sino la medida interna de algo que se manifestaba allá y solamente pretendía advertir al recién llegado de lo siguiente: que pronto necesitaría una unidad de medida distinta de la acostumbrada, que pronto unos pasos diferentes de los que hasta entonces habían trazado el perímetro de su vida le indicarían la dirección a seguir.

III

No encontró la puerta allá donde la había supuesto. Cuando tomó conciencia de haber entrado, ya llevaba un rato dentro. No podía saberse cómo se entraba. El hecho es, sin embargo, que de súbito se halló en el interior y que justo ante él se alzaba de repente, ya al otro lado del muro, el enorme edificio de entrada denominado Nan-Daimon: cuatro pares de gruesos y gigantescos pilares de ciprés de *hinoki* pulidos a la perfección encima de un pedestal elevado y, sobre ellos, un doble techo ligeramente arqueado en los bordes, dos techos superpuestos de tal manera que parecía haber existido un momento en el que dos inmensas hojas otoñales, un tanto quemadas en los bordes, se hubieran precipitado abajo una tras otra y solamente una hubiera llegado. Una había arribado, en efecto, a buen puerto y se había posado sobre la viguería que se asentaba sobre los pilares, mientras la otra continuaba camino abajo en la perfecta simetría del aire, que, como si actuase con una mínima e inefable fuerza de atracción, no la dejaba concluir su descenso ni depositarse sobre su compañera. Allí quedó, pues, en lo alto, cuando la otra ya se había colocado sobre la cabeza de los pilares. Eran, pues, dos techos instalados el uno sobre el otro con suma precisión, con la armonía impecable del complejo ensamblaje de las consolas, y abajo estaban los cuatro pares de gigantescos pilares pulidos a la perfección. Y todo ello se alzaba sin explicación alguna, porque, a decir verdad, ¿qué pórtico era ése que estaba circundado por un patio amplio y generoso, que parecía un edificio construido a propósito en medio de ese patio amplio y generoso? ¿Qué pórtico era ese que se levantaba solitario en una plaza limpia, silenciosa y rectangular? Teniendo en cuenta su forma, era un pórtico en todos los sentidos, pero resultaba sumamente enigmático si se consideraba su ubicación. No revelaba la identidad de aquello cuya puerta era, como si se hubiera producido un error, sea en la puerta, sea en los ojos que la miraban, aunque el pensamiento que en su día trabajara en su planificación parecía tan evidentemente disciplinado que bastaban ahora unos instantes para comprender que esta estructura monumental era un pórtico pero de otro tipo, un pórtico que recibe al recién llegado que viene de una dirección y lo conduce hacia otra dirección, una puerta que lleva de un sitio a otro, una puerta del todo solitaria en un patio pelado, con cuatro pares de gigantescos pilares y, entre ellos, condenados desde un principio a mantenerse casi eternamente cerrados, tres pares de batientes, y, sobre ellos, una inmensa doble cubierta, ligeramente arqueada hacia arriba en los bordes, un pórtico entre cuyos pilares había tres aberturas con tres pares de pesados batientes encajados allí para obturar las tres posibles vías de entrada, uno de los cuales, el de la derecha, estaba roto: una hoja medio arrancada pendía de la bisagra de bronce, colgaba, inclinada,

doblada, muerta.

IV

El nieto del príncipe Genji se sintió mal en el camino y tuvo que devolver. Llegó solo, sin compañía, y no se le podía ayudar. Habría querido apartarse del camino principal al que fue a parar tras salir de la estación, pero, viniendo como venía de la línea de Keihan, tuvo que seguir un rato por la Honmachi-dori para poder doblar la primera calle. Al cabo de unos pasos, no pudo más, apoyó la mano izquierda en el muro, se inclinó y, sacudiendo todo el cuerpo, se echó a vomitar.

V

Algo de laberinto tenían, desde luego, aquellas calles cortas y angostas que no cesaban de confluir, pues empezaba una pero al cabo de unos edificios ya llegaba a su fin y aparecía entonces una esquina por la que había que doblar y luego otra callejuela a la derecha o a la izquierda igual de breve y estrecha que la anterior, compuesta por no más que unas casuchas a un lado y a otro, y también acababa en seguida para desembocar en otra; algo de laberinto tenían, pues, aquellas calles, pero al mismo tiempo no eran en absoluto angustiosas y menos aún inútiles, antes bien, un lúdico caos animaba su entramado; y así como las vallas delicadamente trabajadas, las cancelas protegidas por diminutos techos y canalones, y el verde fresco del bambú que asomaba por encima, como también el follaje etéreo y plateado del pino himalayo que recordaba unos fuegos artificiales, así como todos estos elementos se arrimaban y se inclinaban ante el transeúnte a los dos lados como si fuesen espejos, a la vez lo defendían, lo protegían y lo trataban como invitado mediante esas vallas y cancelas cerradas, mediante esos ramajes de bambú y ese follaje de los pinos himalayos o, mejor dicho, le daban a entender de inmediato que lo estaban poniendo a salvo, que no sufriría daño ni perjuicio alguno, que podría transitar tranquilamente entre las casitas y disfrutar de las ramas de bambú que asomaban y del follaje etéreo del pino himalayo, que siguiera ascendiendo con toda calma, que posara la mirada en las asombrosas flores del magnolio que acababa de desplegar sus inmensos cálices en las ramas desnudas mostrando la más hermosa y perfecta de las blancuras y en los brotes que acababan de estallar en los ciruelos de los minúsculos jardines delanteros para distraerlo de aquello por lo cual había venido y absorber sus pensamientos.

VI

Aún no se vislumbraba a lo lejos el tren de Keihan en el que viajaba el nieto del príncipe Genji pero faltaba menos de un minuto para su llegada. Nadie esperaba en el andén de la estación, el empleado de los ferrocarriles tampoco emergió de los despachos del edificio sino que permaneció dentro, observando el tablero electrónico que reflejaba el trayecto de los trenes en circulación y apuntando cuanto debía apuntar en su cuaderno de servicio, de tal modo que no había nadie en el andén, salvo una ligera brisa que se deslizaba de vez en cuando ante el edificio de la estación, empeñada en barrer hasta el último momento, en no dejar allí ni un pelo ni una brizna de tabaco, en despejar por completo el pavimento del andén, en limpiarlo ante los pies de aquel que se disponía a pisarlo, no había nadie, pues, salvo la brisa y las seductoras luces de dos enclenques máquinas expendedoras de bebida colocadas o, más bien, olvidadas, la una pegada a la otra en un rincón del edificio, en el lado derecho, concretamente, que hacían guiños para que se bebiera té verde caliente o helado, para que se bebiera chocolate caliente o helado, para que se bebiera sopa de algas caliente o miso helado y, a todo esto, los guiños rojos de una máquina significaban «caliente» y los guiños azules de la otra significaban «frío»: se podía elegir, pues, pulse usted y beba, decían estas luces centelleantes en los autómatas, aparte de las cuales no había nada, salvo la brisa suave, tibia y aterciopelada, empeñada en conseguir que realmente estuviera todo lo más limpio posible para cuando él se apareara.

VII

Más arriba, cerca ya del puentecito de madera que salvaba las profundidades pero ya en el lado opuesto, se alzaba un gigantesco ginkgo en medio de un claro. Bien mirado, era el único espacio libre que quedaba en casi todo aquel sistema de callejuelas, aunque sólo daba, de hecho, para permitir la existencia de este árbol ancestral, para proporcionarle aire y luz solar y las fuerzas necesarias para extender sus raíces debajo del suelo. Las demás plantas que había en las calles trazadas cuesta arriba en el barrio de Fukuine pertenecían a algo o a alguien: eran la propiedad, la joya, el adorno, el tesoro cuidado y protegido de una casa familiar y asomaban de aquellos patios límpidos y diminutos con sus ramas llenas de brotes o flores, emergían con su follaje siempre verde junto a los aleros que protegían pequeñas puertas escondidas o manifestaban su refrescante calma por los resquicios entre los listones regulares de las vallas, que siempre vibraban arrulladoramente a los ojos de quien pasaba, y sólo él, el ginkgo, no pertenecía a nada ni a nadie y se alzaba solitario en el claro como si no hubiese cosa en el mundo a la cual atarlo, como si no pudiese pertenecer a nada, pues así se levantaba, igual que un ser desenfrenado, salvaje, peligroso, por encima de edificios y tejados y árboles, con la copa llena y exuberante ya en esos días de primavera inusualmente suaves, con decenas de miles de peculiares hojas parecidas a abanicos o, más bien, a corazones rotos por la mitad que suspiraban mecidas por la brisa; él, el ginkgo, con la profundidad petrificada e inconmensurable de la historia terrestre a sus espaldas, con las tiras de papel colgadas de una cuerda *shinto* que aguantaba su grueso tronco y con la espesura salvaje de un acebo que, en la parte inferior, se le había adherido al costado, era lo único que destacaba en ese mundo tranquilo y que se veía incluso desde abajo, como una torre, pues todo lo demás se ocultaba mutuamente, una casa escondía la otra, una callejuela la siguiente, y sólo él, ese gigantesco ginkgo, tan terriblemente extraño e indescifrable entre todas las plantas, se levantaba sin posibilidad de esconderse como si acabara de aterrizar allí procedente del oscuro período cretáceo del que provenía, como si hubiera atravesado cientos de millones de años para eso, para que se percatara de su presencia incluso aquel que escudriñara desde abajo, desde la estación, cuando llegara y mirara alrededor en busca de la dirección idónea.

VIII

Nadie se apeó ni nadie subió en la estación que seguía a la de Shichijo en la línea de Keihan, el tren se detuvo, las puertas se abrieron mecánicamente y, al cabo de unos segundos, se cerraron con un gran suspiro, el jefe de estación alzó la paleta, miró hacia los dos extremos del andén desierto, pulsó el botón en la columna de mando y, por último, hizo una lenta, profunda y ceremoniosa reverencia al convoy vacío que abandonaba sin hacer ruido la estación y seguía su camino rumbo al sur, hacia Uji.

IX

En lo alto de la colina, sobre la doble cubierta del pórtico del monasterio, unas nubes oscuras, gigantescas y airadas aparecieron de pronto en el cielo azul claro, hasta entonces despejado y radiante, como si una tropa amenazadora hubiera irrumpido de repente en un escenario mudo, neutro e inmóvil, o sea, que hubo en un momento un cielo radiante y en el siguiente, impulsada por un viento de una intensidad tremenda, una masa sombría, plúmbea y expansiva cuyas dimensiones no podían calibrarse con precisión puesto que no cesaba de crecer, se hinchaba de forma impredecible, se mezclaba, se esparcía, y necesitaba escasos minutos para cubrir el cielo, ya que la tormenta infernal empujaba y presionaba esa masa negra y mortífera que de súbito lo oscureció todo, de manera que se hizo silencio, callaron los pájaros en las proximidades, cesó la suave brisa, y llegó entonces un instante en el que todo se detuvo, llegó un instante en el que se paró el mundo, y en ese momento dejaron de temblar las hojas, dejaron de mecerse las ramas de las plantas y dejaron también de fluir las corrientes en los vasos de los troncos, de los tallos, de las raíces, se quedó inmovilizada la columna multitudinaria de hormigas que atravesaban un sendero transportando sus herramientas y asimismo una piedra que acababa de ponerse en movimiento y que dejó de rodar, como la carcoma que dejó de horadar los pilares y las consolas y la pequeña rata que frenó y alzó la cabeza tras las enormes coles del huerto, o sea, en una palabra, que todos, plantas y animales y misteriosos procesos internos, suspendieron su existencia de sopetón para que llegase luego el momento siguiente y todo continuara su curso allí donde lo había dejado, volviendo la rata a inclinarse sobre las coles, la carcoma a abrir su camino, la piedra a rodar un poquito, y todo se puso realmente en marcha, los flujos en el tronco y en el tallo y en las raíces, la oscilación en las ramas y el temblor en las hojas, todo el mundo volvió a ponerse en movimiento, con cautela primero, de forma más intensa luego, como los pájaros que comenzaron a gorjear en las proximidades, y empezó a aclararse arriba, empezó a despejarse por el noreste aquel cielo sombrío, y aquellas plúmbeas nubes impulsadas por el vendaval terrorífico galopaban enloquecidas rumbo a sudoeste, ya apenas resultaba creíble la presencia inconmensurable de toda aquella masa hacia un momento, ya sólo se le veía la cola y, por último, un jirón, un trapo mojado, desgarrado y agorero en el cielo, que, como si no hubiera ocurrido nada, volvía a lucir el azul de antes, pues brillaba el sol y no quedaba ni huella de aquel viento salvaje y tempestuoso y, es más, volvió a aparecer entre los batientes de la puerta aquella brisa suave y tibia, que en seguida lo intentó con la hoja derecha, pero ésta, inclinada y colgada como estaba, pendiendo con todo su peso de aquella bisagra de bronce, la de arriba, se

mostró inamovible, claro está, paralizada en la historia de la destrucción de antaño, aunque ha de añadirse, en honor a la verdad, que la brisa se limitó a acariciarla, a jugar con ella, como quien dice, a probar cuánto pesaba y siguió luego su camino hacia el espacio vacío del patio donde reinició, dando una vuelta, su particular trabajo.

El nieto del príncipe Genji se encontraba ante el Gran Pórtico cuando extrajo un pañuelo blanco del bolsillo secreto de su kimono. Desplegó la seda perfectamente doblada, ligera como un aliento, y con gestos parcos se enjugó la saliva que se le había acumulado en la comisura de los labios.

Seguía sintiéndose débil. Lo mejor habría sido buscar algún sitio para descansar.

Alzó la vista al cielo.

En los últimos mil años, muchos vientos habían recorrido aquel espacio.

Vientos diurnos y vientos nocturnos, vientos matutinos y vientos vespertinos, los que traían la nieve y los que traían el calor, los que llegaban con la primavera y los que llegaban con el otoño, los suaves y juguetones y los peligrosos y devastadores, miles y miles de millones repartidos en las doce provincias de la escala de Beaufort, y hasta podría haberse puesto uno a enumerarlos y sistematizarlos, pues había vientos dominantes y había ráfagas que se levantaban de repente, había vientos turbulentos y vientos moderados, había geostróficos y ciclónicos y anticiclónicos, y así transcurrieron en estos últimos mil años, yendo y viniendo por las doce provincias de Beaufort, siguiéndose y persiguiéndose los unos a los otros, pues venían los alisios y los contralisios, venían los próximos al suelo y los de las alturas, venían las corrientes en chorro allá a distancias inalcanzables, mientras abajo soplaban los vientos marinos temidos o esperados, y vientos había también en tierra firme y en las cavernas, en los cauces de los ríos y en los jardines otoñales, por doquier en las más diversas variedades y direcciones y magnitudes, pero lo cierto es que, aun siendo innumerables e inclasificables, lo único que ocurría es que siempre estaban, incluso en los momentos de calma, y no estaban, pues cuando venían no venía nada y cuando se iban no quedaba nada, ni siquiera en plena calma chicha: invisibles a su llegada e invisibles a su marcha, nunca podían escapar a la definitiva invisibilidad, existían y no existían, se podía saber que estaban y dónde estaban, se veía cómo hacían temblar las hojas de los árboles, se veía cómo remolineaban un montón de hojas en una tormenta, se los percibía en el polvo que se levantaba y se arremolinaba, en la ventana que se cerraba de golpe, en la basura que empezaba a volar en la calle, se los oía susurrar y aullar y llorar y silbar y bramar y rugir y callar y convertirse en brisa, los notaba

hasta la cara que sentía sus caricias y las plumas del jilguero que tiritaba en una rama, en una palabra, se veían en este mundo y se oían y se percibía su existencia y, sin embargo, no existían, pues todo apuntaba a ellos, los movimientos y los sonidos y los olores, pero no se podía mostrar que estaban, que eso de allí eran ellos, ya que su existencia siempre trascurría en el ámbito espectral de la mediación más profunda, ya que eran evidentes pero inalcanzables, ya que eran presentes pero inasibles, ya que, excluidos de la existencia, eran la existencia misma o, dicho de otro modo, coincidían con la existencia hasta el punto de identificarse con ella, y la existencia no se ve jamás, de modo y manera que estaban cuando no estaban y sólo dejaban el deseo de que volvieran o el temor de que llegaran, así como el recuerdo de que habían pasado, pero lo más doloroso—el nieto del príncipe Genji alzó entonces la vista al cielo—, lo más doloroso era que el que una vez había estado nunca más regresaría.

XI

Detrás del pórtico, a una distancia exacta de diez *ken*, se alzaba, en la parte norte del patio, un segundo pórtico llamado Chumon, que se hallaba en el eje central, o sea, se situaba sobre una línea imaginaria a partir del centro del Nan-Daimon, y que también se levantaba en el espacio libre y amplio, pero no era el reflejo del primero, ni una simple transposición, ni una mera copia colocada un poco más atrás, sino su realce, la duplicación de la importancia con los mismos medios y sobre el mismo eje, donde el sentido del ingreso, de la llegada, se imponía como tarea con el fin de que quien hubiera franqueado el umbral elevado del primero, del anterior, del edificio de entrada llamado Nan-Daimon, encontrara allí el lugar de la oración, de la liberación, de la advertencia de que a partir de ese momento, después de la vil historia de la existencia humana, se convertiría en sujeto elegido de cuestiones entre las cuales ya no se plantean preguntas relativas al hombre, y donde los pilares de ciprés de *hinoki* habían sido diseñados más gruesos y fuertes y se alzaban asimismo a mayor altura, puesto que habían de soportar sobre sus complejas, intrincadas y maravillosas consolas un peso muchísimo mayor que el primer pórtico, puesto que así como la doble cubierta que se aposentaba sobre los pilares ya podía calificarse de gigantesca en el caso del primero, resultaba difícil expresar con palabras las verdaderas dimensiones de la segunda cubierta, que también era grande, era gigantesca, era colosal por su forma de descender del aire y de quedar allí suspendida, pues, al tiempo que era de dimensiones más grandes, más gigantescas, más colosales, iba acompañada de una levedad casi inexpresable y, para ser preciso, esta levedad parecía recorrer cada uno de los pilares y cada una de las vigas y cada una de las consolas, recorría cada uno de los elementos del doble techo, el ritmo fascinante de las tejas cónicas, la belleza cautivadora de las curvas ascendentes de la cubierta con sus cuatro esquinas, lo recorría todo desde la cumbre hasta el umbral, de modo que no era ningún milagro que el recién llegado se sintiera protegido allí abajo, puesto a salvo, recogido en un refugio, pues algo muy grande se extendía ahora arriba, un ala inmensa y tremenda, resplandeciente y grácil que, como el tiempo casi había llegado ya, se disponía a levantarlo y llevárselo todo.

XII

A falta de un *kairo*, de un corredor que en su día servía al mismo tiempo de cerramiento, el muro nuevo que rodeaba el recinto del monasterio cerraba el primer patio, como si allí acabara, dibujando un enorme cuadrado y allí, en el centro del muro trasero que se había quedado sin el *kairo*, en la prolongación del eje central que pasaba por el Nan-Daimon y por el Chumon, había una tercera puerta incrustada en el muro de adobe, mucho más pequeña y mucho más modesta que sus compañeras, que era, de un lado, la última de la hilera y, de otro, servía efectivamente de puerta, es decir, su tarea, en el sentido más práctico de la palabra, consistía en permitir el acceso del recién llegado al siguiente patio, cuyo espacio se asemejaba más o menos al del exterior, es decir, se abría un cuadrado amplio y generoso, aunque sobre la superficie llana, cubierta con guijarros blancos y sumamente pulcra se alzaba, en este caso, a la izquierda una pagoda de tres plantas con su característicos tres techos parecidos a alas, una torre de madera noblemente estructurada que en su origen guardaba las reliquias de Buda, que, en efecto, anhelaba y prometía la presencia de Buda en persona y que no disponía de ninguna verdadera entrada, de ninguna verdadera puerta, de ninguna señal de abertura alguna, sino solamente de ventanas cegadas que no miraban a ninguna parte, de puertas cegadas que no daban a ninguna parte, de tal modo, pues, que se alzaba como un edificio completamente cerrado hasta una altura de tres pisos, en el que nadie podía entrar y del que nadie podía salir y que en verdad era, por tanto, la casa de Buda, donde durante mil años no lo había perturbado el hombre, durante mil años no lo había ofendido el hombre, donde él llevaba, si es que estaba, mil años intacto e invariable, mil años de aire y mil años de polvo, mil años de pesadas tinieblas y mil años de secretos, o sea, que lo habían mirado durante mil años, todos los días, en todos los miles de millones de momentos de duda, escrutando, temiendo, avergonzándose y no entendiendo nada, estúpidamente, examinando y midiendo y calculando y preguntándose si, habiendo permanecido mil años, realmente seguía hoy allí dentro.

XIII

En el lado opuesto, a la misma altura que la pagoda, o sea, no en su lugar habitual detrás del pabellón principal y frente al pabellón del tesoro y al pabellón de los sutras, se alzaba un campanario. La campana de bronce pendía sujeta solamente por el centro, como era costumbre, pero su peso, superior al que podía aguantar la enclenque estructura de madera, hacía que se saliese una y otra vez al vibrar, de tal forma que, por la falta evidente de un mantenimiento sistemático, el conjunto se había inclinado ya un poquito a despecho de que el peso estaba centrado, y en las ensambladuras de las clavijas se percibía, además, que no encajaban como debían, las cuerdas de sujeción estaban deshilachadas, alguna teja se había movido en lo alto, y de la situación de la barra de madera que servía para tañerla, que en su día había sido atada a un sistema de cuerdas diestramente entrelazado, que luego se soltó y cayó al suelo y allí quedó, resultaba claro que ya no vendría nadie a recogerlo, a reinstalarlo y a tañer la campana cuando llegara el momento indicado, es decir, las cuatro y media de la tarde que señalaban el inicio de las horas vespertinas, a tañer la campana que empezaría a oscilar levemente y a colmar de resonancias el recinto del monasterio, no habría nadie, pues, dado que parecía que allí ya no había nadie, y por un momento esta parte del patio dio la impresión de que ya no haría falta campanario alguno, que lo primero que resultaría prescindible sería precisamente dicha torre en esta zona desatendida y abandonada del patio, como si se hubiera decidido dejarlo todo como estaba, que siguieran las tejas deslizándose hacia abajo, las clavijas soltándose en las consolas de arriba y, en general, que el conjunto se inclinara más y más, de manera que, cuando la maleza cubriera la barra de madera utilizada en su día para tañer la campana y tirada ahora en el suelo, la torre se derrumbaría y los mil años pasarían, pues, sin dejar rastro.

Solamente un pajarito orgulloso, de plumas plateadas y pico corto, pensó en ese momento que necesitaba mucho aquel campanario; después de dibujar un arco cerrado, caprichoso y juguetón, descendió en picado desde las alturas, se posó sobre el adorno de bronce que coronaba la torre y, alzando de vez en cuando la cabeza, entonó una melodía tan suave y emocionante en aquel silencio, de la última hora ya de la mañana bañada por el sol que si su pareja estaba allí cerca sin duda llamó su atención, aunque sólo fuese un instante.

Lo cierto es que la melodía duró un instante, precisamente. A continuación, el pajarito levantó el vuelo siguiendo una línea recta como una flecha, trazó una elipse descendente y otra ascendente, y desapareció, se esfumó en la lejanía, a tal

altura que no había ojo que pudiese descubrir esa manchita minúscula, del tamaño de la punta de una aguja, allá en la distancia, en el radiante firmamento azul.

XIV

La piedra que se utilizaba para dar una forma perfecta a la superficie del patio y que durante mucho tiempo se llamó *kogetsudai* no procedía de la zona, sino que se extraía sobre todo en la hermosa provincia de Takasago, situada a más de cien millas marinas, concretamente de las laderas de sus montañas de sílice cuidadosamente elegidas, donde la convertían en pedazos pequeños con unas enormes muelas movidas por mulos y desde donde la transportaban de manera continuada a la ciudad de Kioto que tanto fascinaba a todo el país y en la cual la trasladaban luego con carretas a los monasterios más nobles, entre ellos a éste, el del barrio de Fukuine, para verterlo allí en la trasera, en un terreno más o menos abandonado entre los edificios de intendencia y los huertos, donde unos monjes jóvenes, elegidos precisamente para esta tarea, se ponían manos a la obra con unas mazas pesadas diseñadas expresamente para picar piedras y se empeñaban en conseguir la medida exacta y uniforme de aquel ripio y lo llevaban luego a los patios con el fin de esparcirlo y, después de alguna tormenta o chaparrón importante o sólo en las albas y a modo de bienvenida a la primavera, se dedicaban, hacia el final del segundo mes, a dar la forma definitiva con unos rastrillos anchos de gruesos dientes, es decir, a crear, por un lado, una superficie perfectamente lisa y, por otro, a describir con los rastrillos unas ondas paralelas en aquel suelo de guijarros blancos, de tal manera que no sólo apareciera la imagen, sino la realidad misma de la perfección paradisíaca que, aun dando la impresión de mostrar un mar inquieto, olas arremolinadas en torno a rocas salvajes, sumía a quien la veía en la inconmensurable simplicidad de la belleza, en la sensación de que todo existe y nada existe todavía, de que las cosas y procesos que viven a una velocidad inasible y terrible, encerrados en la necesidad aparentemente inagotable del alumbramiento y la desaparición, pueden soportar aun así una regularidad fascinante que es tan profunda como la impotencia de las palabras ante un paisaje incomprensible e inaccesible por su hermosura, como la fría secuencia de las miríadas de olas en la enorme extensión del océano, como un patio en un monasterio donde en la calma de una superficie cubierta uniformemente con guijarros blancos y rastrillada primorosamente pueden posarse y descansar unos ojos asustados, una mirada perdida en el delirio, una mente abatida, y experimentar cómo cobra vida de pronto un pensamiento antiquísimo de contenido ya ensombrecido y cómo comienza a verse de súbito que: sólo existe el todo, no los detalles.

XV

El nieto del príncipe Genji, situado ya en la tercera puerta, contemplaba la torre de la pagoda. La brisa volvió a recorrer el patio y lo alcanzó también a él, levantando las alas inferiores de su kimono.

Cruzó los brazos sobre el pecho y se quedó un rato inmóvil, convencido de que pronto aparecería algún monje al que pudiera dirigirse. Sin embargo, no sólo los monjes no dieron señales de vida sino que tampoco se presentó ningún criado, ningún sirviente que viniera, por ejemplo, de atrás, de la cocina, de los baños o de los huertos, para acudir, solícito, a él y ponerse a su disposición.

Reinaba el silencio por doquier, no podía verse ningún alma en el patio interior, de tal modo que rozando apenas el suelo con las *geta* que calzaban sus pies se enfiló a paso lento hacia el pabellón de oro.

Encendió un haz de varillas aromáticas ante la entrada principal, se colocó respetuosamente junto al incensario de bronce, juntó las manos para rezar e inclinó la cabeza.

Dijo para sus adentros: Que Buda se apiade y me dé un poco de luz para saber por dónde he de buscar.

Dijo para sus adentros: Que Buda se apiade y me diga si tiene sentido buscar.

Y dijo para sus adentros: Ya no sabemos lo que pensabas sobre el mundo. Malinterpretamos tus palabras. Nos hemos perdido del todo. Y añadió a modo de conclusión: Tal como predijiste, mi caro, querido e inolvidable Buda.

El nieto del príncipe Genji bajó entonces los brazos, se llevó las manos a los costados, alzó la cabeza e hizo dos profundas reverencias.

XVI

Al ginkgo no sólo se podía llegar, más abajo, a media altura, por el camino que acababa de utilizar el nieto del príncipe Genji, sino también por la parte escarpada de la colina, o sea, por atrás, posibilidad ésta a la que nadie recurría, tan denso crecía allí el matorral y tan empinada era la pendiente. De hecho, costaba llamar a eso una vereda, era más bien una senda estrechísima, abierta a fuerza de pisadas, completamente escondida bajo el espeso follaje de ramas espinosas y arbustos entrelazados, que volvían invisible y ofrecían cierta protección a quien se allegaba y también a quien por allí transitaba en ese preciso instante, en medio del silencio de aquella hora matutina bañada por los rayos del sol, a alguien que bien necesitaba aquel parapeto, aunque la forma horripilante en que se arrastraba difícilmente merecía el nombre de transitar. Un animal molido a palos subía por la pendiente, al amparo de espesos matorrales y de arbustos entrelazados, un perro desgraciado, de raza indefinible ya, pegajoso, debilitado, demacrado, infinitamente agotado que nadaba en un mar de sangre. En efecto, estaba casi muerto a palos, de tal modo que ni siquiera se apoyaba en la pata trasera derecha y procuraba mantenerla en todo momento en el aire mientras avanzaba arrastrándose sobre las otras, y su ojo derecho también se había salido de la órbita, y tenía el pelo cubierto de sangre por doquier, lleno de pegotes que formaban mechones bajo el vientre y en la cabeza, que llevaba ladeaba, y así se esforzaba aquel perro por ascender, como si con el ojo del otro lado, el izquierdo, aún pudiese ver algo. De sus heridas no podía deducirse si lo habían querido matar a palos o si había conseguido escapar con vida, en cierta medida, de la trampa de alguna tortura perversa, horrorosa, bestial.

La pendiente era en verdad muy empinada, lo cual, como es lógico, lo agotaba aún más: sus movimientos se ralentizaban, acercaba cada vez más el vientre al suelo, por el que se deslizaba cuesta arriba como si temiese perder las tripas, y el hecho mismo de tener que avanzar casi pegado al suelo o, dicho de otro modo, de tener que doblar del todo las tres patas que más o menos le funcionaban, lo hacía perder aún más las fuerzas, de tal manera que tenía que detenerse y tumbarse cada vez más a menudo, para volver a ponerse en marcha al cabo de unos minutos. Su pecho se agitaba con rapidez, de forma tan intensa y repetida que parecía que le dolía hasta respirar y que cada vez le costaba más llenar los pulmones destrozados, pero aun así inhalaba aire, resollando y gimiendo, y no se rendía, sino que jadeaba y seguía arrastrándose, al tiempo que alzaba la pata trasera derecha y ladeaba la cabeza hacia la izquierda para ver al menos un poquito hacia adelante, para eludir las puntas espinosas de las ramas, aunque a veces, claro, no las

evitaba, o sea, que se le clavaban de vez en cuando en la piel, y él se quejaba con voz apenas audible, se detenía, temblaba, volvía a tumbarse en el suelo y reemprendía el ascenso al cabo de un minuto.

Tenía una meta clara. Era evidente la importancia del objetivo por el que se torturaba en ese camino tan empinado como peligroso, y el enorme esfuerzo dejaba patente que finalmente llegaría a su meta.

Esa meta era el ginkgo.

Al llegar por la vertiente trasera allí donde nadie podía verlo desde el camino, donde ni hombres ni animales podían percatarse de su presencia, se arrastró con miembros temblorosos hasta el grueso tronco del árbol, espesamente cubierto en ese lado por un acebo joven, se introdujo entre las hojas para volverse realmente invisible, arrimó todo cuanto pudo el cuerpo tiritante al tronco cálido del ginkgo, expulsó las pocas fuerzas que le quedaban en sus miembros martirizados, se acostó, suspiró una vez más y, al cabo de unos minutos, sin hacer ruido alguno, exhaló, en silencio, el último respiro.

XVII

Todo estaba y parecía, además, intacto en el monasterio. Nada hería desde fuera el silencio interno del *kondo*; gracias a las varillas que acababa de encender entró poco a poco, serpenteando, el fragante humo del sándalo. El propio Buda, tallado en un valioso roble *kashi* no más grande que un niño pequeño, se mantenía inmóvil allí dentro, en su caja de madera ricamente adornada tanto por la parte exterior como por la interior, colocada en el centro del altar, en una caja que suponía una protección especial, que estaba cerrada por detrás mediante una pared delgada y provista de rejas talladas con delicadeza por los otros tres lados, para que el Buda recibiera un poco de luz y al menos pudiera verse un poco y también para que él mismo percibiera el mundo cuando desde allí un creyente deseaba buscarlo con la mirada. Inamovible, no había cambiado nunca, llevaba exactamente un milenio en el mismo punto, siempre con la misma vestimenta, en el centro preciso de esa caja de madera sumamente segura y dorada, allí se mantenía impávido, petrificado en el gesto más noble, y en estos mil años tampoco varió jamás la postura de su cabeza ni su hermosa y célebre mirada. Había en su tristeza algo angustiosamente delicado, algo indeciblemente sublime, y apartaba con decisión la mirada ante el mundo. Se había difundido el rumor de que volvía la cabeza hacia un lado para mirar atrás, a su espalda, a un monje llamado Eikam, un hombre que pronunciaba un discurso tan bello que él, Buda, quiso saber quién hablaba. La realidad, empero, era radicalmente distinta. Bastaba verlo una sola vez para percatarse en el acto: volvía esa hermosa mirada para no tener que mirar, para no tener que ver, para no tener que percibir ante sí, en las tres direcciones, delante y a los dos lados, este podrido mundo.

XVIII

El monasterio se extendía en otros tiempos por un territorio enorme, y lo que quedó después de que se quemaran las hospederías de los peregrinos y se abandonaran los aposentos para los visitantes laicos, se subastaran los bosquecillos de bambúes y se talaran hasta su desaparición los pinares, bastaba para que su extensión aún pudiese calificarse de enorme, pero, como ocurriera en su día, el monasterio ahora tampoco debía su importancia y reconocimiento a las extraordinarias e impresionantes medidas que figuraban en el registro de la propiedad, anotadas en términos de *ri* y *cho* y *jo*, sino, por así decirlo, a esa cualidad especial que convertía la edificación del territorio en algo particularmente complejo, en algo intrincadamente monumental, a la ubicación de los edificios principales, del *kondo* y del pabellón de la enseñanza, de las residencias, oficinas y celdas, del comedor, de las salas de recepción y de alojamiento de los superiores de la orden, al sentido fundamentado en elevadas ponderaciones de los edificios de la intendencia, del cementerio, de los huertos, así como de la cocina, de las salas destinadas a recibir a los huéspedes, de los baños y de los lavaderos, a todo ese sistema que parecía responder a una lógica superior y que explicaba la relación entre las diversas partes del conjunto, pero que era difícil o imposible de comprender desde el punto de vista de una mirada cotidiana y, además, al hecho claramente perceptible de que el trazado de esa enorme cantidad de edificios y de los caminos o corredores cubiertos que conducían entre ellos se basaba en el seguimiento absoluto y definitivo de las precisas instrucciones de una plan infalible que no podía poner en duda nadie, ningún peregrino que llegara con sus experiencias cotidianas, aunque, a decir verdad, tampoco lo hacía, puesto que él mismo sabía que quien llega procedente de la Gran Puerta del Sur, quien franquea el alto umbral del segundo pórtico llamado Chumon, quien se adentra en el segundo patio y ve a un lado las tres plantas de la pagoda y al otro el campanario con el pájaro decidido a cantar en ese preciso momento, ya no debe preguntarse hacia dónde ir en ese monasterio, puesto que los caminos, los senderos marcados a ambos lados con troncos cortados y con tiras de paja de arroz, conducen por sí solos al recién llegado y le permiten encontrar precisamente el edificio que debe venir acto seguido para ayudarlo en su concentración, de suerte que así conoce primero el pabellón de oro llamado *kondo*, después el silencio del pabellón de la enseñanza, luego los patios y jardines que se siguen los unos a los otros, así ve desde el pabellón de oro la cerradura ornamental de la puerta que lleva al ámbito privado del superior de la orden y los lugares destinados a los visitantes, y así no deja nada al margen y no se olvida de visitar ninguno de los santuarios, aunque durante mucho tiempo tenga la sensación de

que a buen seguro omitirá el más esencial de los pabellones puesto que, a todo esto, no guarda en la cabeza el mapa del conjunto, pero no es verdad, no lo es porque el camino de la visita se fundamenta en proponer una inmersión espiritual y está dirigido por un capricho, un capricho etéreo, sobrenatural, ligero, lúdico e infalible que funciona a base de improvisaciones de una fuerza particular, un capricho cuya creación, este sublime monasterio, sólo a un juicio superficial y precipitado puede parecerle una mezcla de elementos caóticos, traídos de todos los rincones y amontonados, un gran pajar donde se reúne todo, lo útil y lo fútil, lo valioso y lo confuso, porque lo cierto es que no es así, que este capricho es como la nada o, dicho de otro modo, es el mismo que creó el azul radiante del firmamento, que indicó al perro, a punto de morir por los golpes, los arbustos espinosos bajo cuya espesura podía liberarse, es el mismo capricho que prescribía la secuencia de los vientos, el sistema de la raigambre del ginkgo, la cadencia y el ritmo de la melodía del cantor en lo alto del vacilante campanario, así como esa tristeza inconmensurable, angustiosamente delicada, en la mirada del Buda que volvía la cabeza hacia un lado en el *kondo*.

XIX

El nieto del príncipe Genji no recuperó las fuerzas. Apretando el pañuelo en la mano concibió durante un rato la esperanza de que se le acercara alguna persona perteneciente al monasterio, pero cuando quedó claro que esperaba en vano allí fuera, prosiguió su camino confiando en encontrar a alguien en alguno de los santuarios y se dirigió hacia el más próximo. El más próximo era el pabellón de la enseñanza, de modo que al llegar a la entrada, se quitó las *geta* y, llevándolas en la mano, entró descalzo o, para ser precisos, con los tradicionales *tabi* blancos que le cubrían los pies, en el orden mudo del santuario, y mientras admiraba la absoluta pulcritud que reinaba allí dentro, las líneas paralelas de los cojines colocados para sentarse, la repetición regular de las columnas en la simple simetría del edificio, la belleza de la mesilla baja situada al lado del monje encargado de la vigilancia con la vajilla del té guardada en su estante, con el incensario y, colocado a su lado, el rollo de bambú en el que se custodiaban las varillas para hacer humo, mientras aún comprobó con una mirada de reconocimiento que todo, hasta lo más nimio, estaba en su sitio, incluido el cojín para el director de las ceremonias y, un poco por delante, puestas con exactitud y naturalidad al alcance de la mano derecha, las dos maderas que, al golpearse, señalaban el comienzo y el final de la meditación, que también estaba allí la *inkin*, la pequeña campana de bronce con la almohadilla de seda noble y la barra para tañerla, al igual que los dos gigantescos pilares principales del altar de Buda, radiantes de oro y calma; comprobó, pues, que todo estaba en perfecto orden, observó en un estado de continuo mareo que, tal como era de esperar, todo el espacio había sido limpiado a fondo, pues por el revestimiento de papel opalino de las *shoji* y *fusuma* se filtraba suficiente luz para proporcionar un poco de claridad y para que él pudiese, por tanto, llegar hasta la salida trasera del santuario, porque, como no había ni un alma en el interior, él sólo podía hacer eso, allí, en el pabellón donde no podía permanecer más tiempo, sólo podía atravesarlo, ni más ni menos, y, para colmo, cuando hizo ese recorrido y llegó al otro lado, ya no se le ocurría ningún pensamiento pues notaba que se quedaba sin fuerzas, que ya no podía más, que debía descansar, a ser posible cuanto antes, en el primer lugar que encontrara. Salió, por tanto, del pabellón, volvió a ponerse las *geta* y se dirigió por un corredor cubierto a un templo secundario, pequeño y de apariencia más modesta, con la intención de buscar el punto más alejado y tranquilo de la terraza de madera que transcurría a lo largo de un diminuto jardín, que se alzaba más de un metro sobre la superficie de esta pequeña zona ajardinada y que era, de hecho, la prolongación del suelo del templo hacia el exterior, hacia el jardín. Allí se sentó, apoyó la espalda en una columna, se enjugó la frente sudorosa y, cuando en el benéfico silencio que lo

acogió le llamó la atención el rumor primaveral de un arroyuelo que fluía en las proximidades, cerró finalmente los ojos y aún pensó en la posibilidad de dormir un poquito aprovechando esa paz y tranquilidad..., pero no se durmió sino que perdió el conocimiento. De hecho, ni un segundo tardó la sangre en desaparecer de su delicado y pálido rostro, y su cuerpo, inclinado hacia un costado, se deslizó hacia abajo junto a la columna. Se golpeó la cabeza con fuerza en el suelo de la terraza y allí se quedó, ladeado e inmóvil. El kimono se le abombó y se le arrugó en la espalda, una de las *geta* se le cayó del pie, y sólo los dedos de la mano derecha se le movieron un rato antes de quedar rígidos como, al pie del ginkgo, los músculos de aquel perro apaleado hasta la muerte... Se abrieron poquito a poco los dedos y así, abiertos, se petrificaron de tal modo que de aquella mano tendida se deslizó finalmente el pañuelo de seda que hasta entonces tenía bien apretado, se agitó ligeramente y cayó sobre el polvo del jardín.

Los corredores cubiertos habían sido proyectados evidentemente con gran esmero. Su material era ese ciprés de *hinoki* que los antiguos carpinteros de los templos, los llamados *toryo*, utilizaban preferentemente mientras podían dirigirse —el maestro y unos cuantos carpinteros experimentados y ya mayores— a la provincia de Yoshino para elegir, una vez tomada la decisión de construir un templo y hecha la petición ritual, la madera adecuada, lo cual era una empresa difícil y cansada, de varias semanas o meses de duración, pues además de las cargas propias del viaje habían de cargar también con la responsabilidad ante los dioses, que significaba encontrar, elegir y comprar la madera adecuada, el bosque adecuado, la montaña adecuada, esto es, encontrar, elegir y comprar según los principios ancestrales e invariables aquello que era lo más adecuado para el caso o, dicho de otro modo, tener en cuenta que lo importante era conocer tres elementos: el sol, el viento y la lluvia y, luego, encontrar, elegir y comprar según el espíritu de estos tres elementos no sólo una gran cantidad de falsos cipreses japoneses considerados los mejores en algún punto de la provincia de Yoshino, sino toda una montaña en aquel lugar, una montaña en la que el *hinoki*, como ellos lo llamaban, pareciera, por su edad, su madurez, su situación y su salud, el más adecuado para el objetivo, con el fin de que luego, después de que transcurrieran varias décadas para increíble asombro de muchos, empezara un día el rito sagrado de la tala, con el fin de que, siguiendo el orden establecido en la ceremonia del *kokoro* —que contenía, además, la promesa del maestro carpintero de no cometer, con el derribo de los *hinoki*, «ningún acto que pusiera fin a la vida de estos árboles»— se realizara primero el corte de los árboles, su aclarado y su selección y, por último, su transporte por tierra y por corrientes fluviales, con el fin de que a continuación, tras fijar con exactitud las tareas a llevar a cabo en el lugar, es decir, en este caso, de determinar el curso y el tipo de corredores cubiertos destinados a unir entre sí los santuarios principales, empezara el arte simple e intemporal de los carpinteros, la señalización, la fundamentación, el aseguramiento de los cimientos de los pilares, la ejecución de las zanjas de drenaje, así como la gran operación definitiva, la preparación de los pilares, su corte a medida, su ensamblaje y perfecto pulido, tareas éstas que podían durar meses, y por último la creación de toda la estructura, el trabajo en las vigas de unión, la construcción del techo y la colocación y fijación del suelo, cientos y cientos de tareas cuya preparación ya duraba meses y cuya supervisión corría a cargo de una sola persona, del *toryo*, pues todos los demás realizaban cada uno su trabajo, de manera precisa e impecable, durante años, según métodos aprendidos y experimentados desde la infancia, y de esta cooperación resultaba finalmente, en este caso como en

el de todos los monasterios, el complejo sistema de los llamados corredores cubiertos, de esos maravillosos conductores de almas, donde en este momento, en el desierto fantasmal del abandono, en la hora misteriosa del silencio que se cernía sobre el monasterio, daba la impresión de que, a pesar de todo, se oía un ruido procedente de allí, de los corredores: en el absoluto silencio pareció que aquel largo entarimado, pulido y recorrido tantas y tantas veces, liso como un espejo, devolvía ahora un único y diminuto recuerdo de la historia de los pasos guardados durante mil años, pues justo al otro lado de la frontera del silencio se oyó, eso sí, con claridad meridiana, un crujido en un punto, allí donde se había vuelto más insegura la fijación, de tal modo que chirriaron en ese lugar concreto las tablas del entarimado del corredor, repitiendo y evocando el peso de un único paso de antaño, la certeza del recuerdo de que alguien pasó por allí.

Ya había dejado atrás unas cuantas calles, pequeños cruces y esquinas, y como allí ya no sólo tenía la sensación difusa sino la certeza de que el camino conducía cuesta arriba, no le cupo la menor duda de que no avanzaba por una colinita, que era lo que podría haber supuesto antes, sino de que trepaba por una montaña que podía ser una de las estribaciones septentrionales del monte Oishi, perteneciente a los Montes Orientales. Durante un trecho no habría sido correcto hablar de una vegetación silvestre, puesto que estaba todo construido, de tal modo que sólo mirando desde el puente hacia abajo, al fondo del valle, descubrió que la vegetación característica, muy densa en el lugar, era el arce, el roble, el *ja no hire*, el *haran*, diversos tipos de rododendros y podocarpos, así como unos cuantos pinos japoneses y falsos cipreses. La existencia y la visión de las plantas de hojas perennes lo tranquilizaron, especialmente los pinos, que debían de tener entre trescientos y cuatrocientos años, según concluyó al contemplar sus troncos y su altura mientras cruzaba el puente, y que siempre le habían resultado particularmente entrañables, por su follaje titilante y translúcido, por sus troncos rectos de color marrón rojizo, cuyas cortezas se desprendían en anchas cintas. Algunos habían crecido tanto que, partiendo desde las profundidades de aquel hondo valle, llegaban a rozar y a acariciar a quien atravesaba el puente. No se podía ver más lejos, puesto que, a un lado, la alta pared del monasterio y, al otro, el gigantesco ginkgo obstaculizaban la vista, de tal modo que cuando llegó al verdadero acceso después de caminar largo rato junto al muro y, antes de entrar, miró un momento alrededor, vio, en la distancia, las cimas próximas y lejanas de los Montes Orientales, pero, de hecho, sólo aquello que le permitían la costumbre y los mil años de experiencia, es decir, comprobó que, naturalmente, allí estaban, que sus colores verdes con sus delicados matices azulados manifestaban naturalmente su distancia, que esta montaña en la que él se hallaba pertenecía a ellos, que esta montaña con su monasterio era una más, o sea, constató desde el fondo opaco y apagado de su conciencia, antes de entrar en el recinto del monasterio, que existía un todo, los llamados Montes Orientales y que estos Montes Orientales, como habían hecho siempre durante mil años, querían manifestarle, en el instante previo a la entrada, en las proximidades de la cima de Oishi, que podía pasar con valentía, que estuviera tranquilo, que, desde ese lado, los Montes Orientales suponían de todos modos una protección para la mágica ciudad de Kioto.

El hecho de que todo, calles y casas, estuviera desierto no pareció preocupar al nieto del príncipe Genji, y como, al comprobar por primera vez esta circunstancia, pensó que podía deberse a la celebración de alguna fiesta o a alguna desgracia, no le dio más vueltas y no se preguntó si era, en definitiva, una fiesta o una desgracia, sino que se concentró en las encantadoras callejuelas, en la ligera sensación de ir subiendo, en la expectativa de alcanzar el objetivo que lo había traído, fijó su atención en las maravillosas proporciones de los patios interiores que dejaban entrever las rejas de madera de aquellas empalizadas bajas, en la forma elegante de una piedra colocada en el lugar preciso y tiernamente protegida por el suave follaje de un ciprés enano que se inclinaba sobre ella, dejó que sus pensamientos fueran absorbidos por las fuentes de piedra que adornaban la entrada de las casas y cuyo chorro de agua caía con un delicado susurro en las pilas de bambú, se detuvo unos instantes, forzosamente, ante algunos jardines particulares marcados por un detalle especial y sorprendente, como, por ejemplo, la perfecta ilusión de una cascada en seco o un diminuto pabellón situado de tal manera que pudieran contemplarse todos los rincones del jardín, o sea, en una palabra, que no se preguntó si era una fiesta o una desgracia la causa de aquel vacío generalizado y hasta se olvidó del asunto, de tal manera que ni siquiera se dio cuenta, al mirar un instante desde la puerta del monasterio hacia los Montes Orientales, de que estas montañas con los delicados matices azulados en sus verdes, no transmitían ni calma ni paz ni seguridad como él creía en el fondo opaco y apagado de su conciencia, sino que contenían una tensión sombría, un mensaje de mal agüero, una comunicación amenazante, con las cuales pretendían llamar claramente la atención y señalar inequívocamente, con todos los matices azulados de todos sus verdes, que no, que mucho ojo, que ellas, las montañas, ya no suponían una protección ni para él, ni para nadie, ni para la mágica ciudad de Kioto, de ningún modo.

XXIII

El monte Hiei, con el célebre Enryaku-ji sobre él, situado en el extremo superior de los Montes Orientales, suponía la auténtica protección para la ciudad, pero estaba muy lejos, de modo que el monasterio debía de satisfacer por su cuenta, sin este apoyo y de forma impecable, los principios defensivos ritualmente obligatorios para su construcción. Se instaló, pues, en la vertiente sur, justo debajo de la cumbre, de tal modo que la cima de la montaña lo defendía por el lado nornoroeste o, dicho de otro modo, por el lado tradicionalmente considerado el del peligro, mientras que al sur, a su vez, había un lago según los preceptos, aunque invisible por la caótica selva de casas, chimeneas, tejados, postes, antenas de televisión y cables eléctricos, de igual modo que al este fluía el Kamo y a la derecha se hallaba el camino exigido, es más, varios caminos se dirigían hacia el monasterio y todos ellos exclusivamente desde el oeste y, por otra parte, la única dirección de salida era precisamente el oeste, o sea que, en resumen, los cuatro preceptos de la ubicación se cumplían a rajatabla y al monasterio lo defendían al norte la montaña, al sur el lago, al oeste el camino, al este el río, pues así rezaban los cuatro grandes preceptos, de modo que cuando esto sucedió y el emplazamiento quedó perfectamente elegido y se comunicó el propósito, las dimensiones y el objetivo de la construcción del monasterio, el *toryo* pudo ponerse en marcha y empezar un proceso que no sólo duró años, sino décadas, y cuyo protagonista no era él, el maestro artístico de los carpinteros con su singular sabiduría, ni el sucesor del genial Kobo Daishi, el superior de la orden, quien estaba detrás del proyecto desde el punto de vista religioso, ni los diversos edificios, aquellas obras maestras que eran el pabellón de oro, la pagoda, el pabellón de la enseñanza o los pórticos, ni la impresionante armonía de las obras, ni el tallado del Buda con la cabeza vuelta hacia un lado, ni la enorme cantidad de oro que cubría la superficie del altar, de las estatuas sagradas, de los cuadros pintados en las puertas corredizas y de los techos de los santuarios, ni siquiera el monasterio como fascinante conjunto en el momento en el que por fin quedó acabado y fue inaugurado para iniciar estos mil años de recorrido con el amor eterno de Buda, cuyo protagonista, en definitiva, no era todo ello sino una planta, un árbol, una simple materia que servía de base para todo, el protagonista era el ciprés de *hinoki* en cuya busca había que viajar en un principio a la provincia de Yoshino, el *hinoki* cuya mera selección duraba meses, pues incluía la elección y la compra de la montaña o, dicho de otro modo, la decisión a favor de una montaña cubierta con árboles sanos, de troncos rectos, de hojas ni claras ni pálidas, con árboles como mínimo milenarios, de tal modo que esta primera fase ya requería varios meses, seguidos de años en los que no ocurría nada, lo cual era imperdonable

según los dirigentes más ansiosos y desinformados de la orden, pero los tranquilizaban, los convencían, les calmaban los ánimos encrespados, explicándoles que el *toryo* sabía cuanto había que hacer, porque, en efecto, el *toryo* sabía cuanto había que hacer pues ya lo sabían sus antepasados, pues sabían durante siglos ya en qué consistía la tarea de los años siguientes, sabían que mientras calculaba y medía, dibujaba y redibujaba con esmero y concentración, la principal tarea del *toryo* consistía, sin embargo, en observar los árboles, y, de hecho, no hizo más durante años, ya que viajó una y otra vez para pasar semanas y semanas en Yoshino y observar con cautela la evolución de los cipreses de *hinoki* en la montaña comprada, observar cómo crecían en la vertiente norte y en la vertiente sur, cómo se desarrollaban en la cima y al pie de la montaña, puesto que se necesitaba una experiencia precisa para los futuros trabajos, había que saber cómo los tocaba el sol en verano y cómo aguantaban las lluvias persistentes en la estación de los monzones, de tal modo que el *toryo* convivía, en el sentido estricto de la palabra, con los árboles, los conocía uno por uno como si formasen una enorme familia, y así transcurría, en efecto, todo ese proceso durante años y años, y no era de extrañar, en consecuencia, que pasara un tiempo increíblemente largo entre la primera reunión con los dirigentes de la orden y el mero comienzo de las obras, tanto que, a todo esto, un bosque entero de cipreses japoneses alcanzó la edad adecuada, y muchos se mostraron francamente extrañados de que se hubiera de esperar esa cantidad enorme de tiempo, pero, claro, explicó el *toryo* a los extrañados, así debía ser porque no podía ser de otra manera, la tala de los cipreses de *hinoki* sólo podía producirse en el momento oportuno y este momento oportuno solamente lo conocía él, el maestro, y lo conocía por sus antepasados y, además, afirmaba conocer el momento oportuno y no titubeaba a la hora de anunciar que había llegado ese momento y que él podía pedir la señal al superior para celebrar la ceremonia del *kokoroe* y, en efecto, la celebraba y prestaba, en el primer instante de la tala, el juramento según el cual él, el *toryo*, prometía ante el primer *hinoki* que respondería con su vida de que la tala no significaría derrochar la vida del árbol sino darle la «vida de la belleza», y sólo entonces pudieron iniciarse de verdad los trabajos, que fue cuando los impacientes comenzaron a comprender que aquellos años y décadas no habían sido en vano, a comprenderlo todo poco a poco al ver y entender que entre aquellos cipreses japoneses talados, transportados y mantenidos durante un año todavía en las aguas del río Kamo, sólo se usaban los crecidos en la cima de la montaña para las vigas y los pilares pesados, que habían de soportar cargas importantes, y aquellos que habían crecido al pie de la montaña para las vigas continuas, pues el árbol de abajo lucha por la luz del sol con más ahínco que el de arriba y, por tanto, los tallados abajo eran más flexibles y presentaban troncos más largos y delgados que los otros, más gruesos y fuertes, y así sucesivamente, de modo que ya no resultó difícil captar que en las décadas pasadas todo había sido guiado por un proyecto monumental y

perfectamente pensado, según el cual la construcción de los santuarios había de producirse exactamente tal como había transcurrido la vida natural de los árboles en la montaña de Yoshino, es decir, por ejemplo, que los árboles procedentes de la vertiente norte de la montaña se utilizarían en todo caso en el lado norte de los santuarios, que para las viguetas del techo de los santuarios se elegirían única y exclusivamente los cipreses que habían crecido en lo alto de la montaña de Yoshino, o sea, que a todo el mundo le quedó claro que a cada uno de los cipreses de *hinoki* le correspondía en los edificios sagrados el lugar que ocupara en la montaña en su vida natural y que cada árbol ocupaba su lugar en las columnas, en la viguería de las consolas o en el arco de los tejados en el momento en el que, por su edad y grado de madurez, la estructura interna le permitía asumir tal tarea, esto es, que los cipreses debían aguantar los golpes adversos del tiempo, como explicó el *toryo* a un joven discípulo, debían aguantar el tiempo, le dijo cuando ambos se quedaron solos en el pabellón provisional después de un arduo día de trabajo, porque es posible que no se sostengan eternamente, añadió, pero el tiempo, sonrió el *toryo* quizá por primera vez en esas décadas de obras mirando a los ojos de su joven discípulo, el tiempo, dijo sonriendo, sí lo aguantarán. Bebieron *sake* de unas diminutas copitas y mucho se rieron esa noche.

XXIV

También se encontraban allí los tallistas procedentes de Paekche, en Corea, aunque por esas fechas ya sólo se aferraban a su presencia en previsión de que sucediera algo, pues en los siglos que transcurrieron desde la primera aparición de los imagineros que llegaron junto con las doctrinas de Buda, y gracias también a los numerosos viajes de aprendizaje realizados a China, los maestros japoneses aprendieron la profesión divina con tal perfección que sus facultades no sólo fascinaron a sus antiguos maestros de Paekche sino también a los monjes y a los creyentes laicos, de modo que los coreanos ya participaban sobre todo por respeto a los preceptos tradicionales en los prolijos trabajos en la época de preparación de las estatuas que hacían de complemento y solamente ayudaban a los escultores y tallistas con indicaciones básicas o, más bien, formales y, de hecho, no intervenían en el verdadero proceso, es más, para ser sinceros, ya ni siquiera habrían sabido hacerlo, pues ellos mismos se quedaban a veces asombrados al ver las nuevas soluciones técnicas, las soluciones japonesas del tallado de estatuas vacías, por ejemplo, se admiraban de la evolución de las herramientas para tallar y cincelar y de los procedimientos propios del lugar a la hora de pulir, se sorprendían de la composición para ellos desconocida de la laca y, por supuesto, se quedaban ahitos al ver toda esa cantidad de oro que la orden enviaba para dorar las estatuas realizadas y que guardaba de la forma más segura y rigurosa en la residencia cerrada del superior hasta que se empezaba a fundirlo y a convertirlo luego en hojas de oro batido finas como un suspiro, o sea, en una palabra, que simultáneamente con la construcción de pabellones, salas, celdas y residencias, de los corredores cubiertos, de los impresionantes tejados, de la pagoda y del campanario, del sistema de tres pórticos y del muro, comenzaban también a tallar las estatuas que en su día se colocarían en los santuarios, se ponían manos a la obra en el trabajo sagrado para llegar al cabo de un tiempo a la extraña situación de que los gigantescos Budas y Bodisatvas se hallaban listos ya en los talleres —que, por cierto, no se instalaban en el escenario de las obras sino en el interior de la ciudad, concretamente al otro lado, cerca de los Montes Occidentales—, de que los Budas y Bodisatvas llevaban tiempo ya listos y preparados para su colocación definitiva en los santuarios del monasterio, pero habían de quedar en los depósitos protegidos de estos talleres y esperar durante décadas o al menos durante unos años, como en el caso de una estatua de Buda sumamente importante en la que se trabajó muchísimo tiempo, antes de que se produjera el acontecimiento, la colocación definitiva, ya que el monasterio, lógicamente, tardaba más en construirse que las estatuas en esculpirse, de modo que durante mucho tiempo sólo podían acudir a los

talleres, para admirarlas, los monjes privilegiados y las personas distinguidas que poseían la autorización necesaria para una visita de este tipo y, en efecto, las admiraban, pues eran realmente todas bellas y fascinantes, empezando por el enorme Amida-Buda concentrado y sentado en la calma infinita del inmenso trono de loto, pasando por las representaciones incomparablemente serenas de Sakyamuni, hasta llegar a los santos protectores budistas más insignificantes, aunque, eso sí, nadie sabía, ni siquiera los más iniciados y privilegiados, dónde se guardaba ni en qué taller ni quién había tallado o estaba tallando la estatua principal de Buda, destinada a ser la fuerza protectora del monasterio, pues esto se mantenía en el más absoluto de los secretos, nadie podía saberlo, nadie podía verlo y, es más, todo estaba organizado de modo y manera que los superiores de la orden mezclaban las informaciones para que, confundiendo los esfuerzos propios de la curiosidad, varios creyeran simultáneamente que ellos y sólo ellos estaban enterados, que ellos y sólo ellos sabían quién y dónde, de tal manera que al final eran varias las personas convencidas de ser los únicos guardianes del secreto, los únicos informados sobre la identidad del taller en que se trabajaba el célebre Buda, y se fueron difundiendo los rumores y las presuntas noticias, aunque, de hecho, nadie sabía nada, hasta que un buen día llegó el momento de la inauguración del monasterio y el Buda que apartaba la mirada, el de la caja dorada, fue colocado en su emplazamiento definitivo y se produjo exactamente lo contrario de cuanto todos preveían, porque ni los creyentes más distinguidos ni los últimos curiosos presentes en las fiestas y ceremonias de la inauguración dieron señales ni de ni admiración ni de impresión, ni de emoción ni de gratitud porque su monasterio construido durante años contara ya, por fin, con el santo principal en el lugar que le correspondía, sino que mostraron únicamente asombro, puesto que, en efecto, el Buda asombró a todos cuantos habían acudido a admirarlo y a ofrendarle, y a las almas más sencillas incluso las espantó aquello que pudieron ver, en medio de la aglomeración, en el lugar de honor del altar situado en el pabellón de oro.

Resulta que ese Buda era pequeñito como un niño de tres años, delgadito y frágil como alguien necesitado de protección, no estaba sentado en el trono de loto, sino de pie en una caja dorada como quien sólo permanece allí por un momento, y la tristeza noble y sobrenatural de su mirada, así como el hecho de volver la cabeza hacia un lado, resultó tan escandaloso que los superiores de la orden decidieron, pocas semanas después de las ceremonias de inauguración, buscar el escrito, existente o no, de cuyo tenor podía deducirse claramente lo ocurrido, es decir, que Eikan, el maravilloso orador de antaño, fue oído por Buda, quien se emocionó por la fuerza de aquellas hermosas palabras, volvió la cabeza y miró atrás y vio a quien las pronunciaba y así se quedó para siempre, dando fe de que la belleza del verbo humano, al unirse con la verdad, es inapelable, etcétera, etcétera, o sea, que una

desventaja cargada de imprevisibles consecuencias fue transformada hábilmente en ventaja y, gracias a tan afortunada conclusión, los vientos del escándalo se calmaron antes incluso de que realmente se levantaran, y el frágil Buda, con su belleza sin par, pudo recibir las falsas admiraciones y falsas ofrendas durante mil años, adelantándose incluso a su destino futuro por el que, al cabo de un tiempo, lo llevarían de un templo a otro, pues no le encontrarían lugar adecuado y tratarían de hacer creer la leyenda sobre Eikan o sobre otra persona pero sin conseguirlo, puesto que la cabeza vuelta hacia un lado hablaría de forma inequívoca de la historia insalvable de la infamia, puesto que la cabeza vuelta hacia un lado hablaría para siempre de la belleza, de la maldad inamovible y de la nobleza impotente, de la vulgaridad incurable y de la elevación triturada por la más mínima presencia humana, de la estupidez inextirpable y de la compasión sin efecto alguno, hablaría de todo ello en el centro del altar del pabellón de oro, protegido únicamente por una cajita dorada provista de unas delicadas rejillas de madera por tres lados y de una pared finísima como mariposa a su espalda.

Una golondrina pasó por la terraza como una exhalación, y quizá fue ese ligero contacto el motivo de que, al condensarse en dos instantes un descenso sumamente suave y un ascenso igualmente delicado y al removerse un poquito el aire por aquel mudo y repentino impulso, el nieto del príncipe Genji recobrara el conocimiento. No sabía cuánto tiempo había transcurrido, pero pudo deducir por la luz del sol que ya debía de ser la tarde. Vio el pañuelo caído en el polvo del jardín, se inclinó desde la terraza para recogerlo, lo levantó, lo limpió, cogió también la *geta*, se la calzó y, apretando el pañuelo en el puño, empezó a andar por el costado del templo secundario. Ora se apoyaba en los pilares, ora, sin querer, pues perdía el equilibrio, en el marco de la *shoji* del pabellón, y así avanzó a ciegas, sin poder pensar siquiera, ya que le dolía la cabeza y, por lo visto, no tenía la menor idea de adonde iba de hecho.

Aún se tambaleaba intensamente, no veía con claridad y debía sujetarse en algo a cada paso.

Llegó a un patio cerrado rodeado por un muro de piedra, pasó por delante de una escalera también de piedra consistente en unos pocos escalones que conducían al marco de una puerta, sencillo e igualmente de piedra, pasó por delante de esta entrada y echó incluso un vistazo en esa dirección para ver el interior: algo así como un patio o jardín, quizá con una casucha muy pequeñita, y este patio o jardín daba la impresión, además, de tener en el fondo un pequeño santuario de madera o, más bien, una pequeña choza sin pretensiones que a lo mejor sólo era utilizada por quien allí vivía o a menudo tal vez ni eso. Vio, pues, por un fugaz instante el marco de esa puerta y el interior, ese jardín realmente carente de pretensiones que incluso parecía un tanto abandonado o, mejor dicho, totalmente abandonado y siguió de largo y al cabo de unos pasos hasta lo olvidó pues le resultaba insignificante, es más, ni siquiera lo percibió, a decir verdad, ni siquiera tomó conciencia de haber visto algo, antes bien, sólo su ceguera le dio a entender que allí acababa de ver algo, algo carente de todo interés, o sea, que continuó su camino pero las piernas le fallaban bastante a menudo y se detenía entonces, se apoyaba con una mano en lo primero que encontraba, generalmente en un muro que parecía hecho con simples piedras sin trabajar y seguía luego adelante sin saber, por lo visto, ni adonde iba ni por qué ni, sobre todo, para qué, por cuanto se había adueñado de él un estado de debilidad persistente, se sentía realmente muy débil, más débil que nunca, tanto que debería haberse tumbado y bebido por fin un vaso de agua limpia, porque se mareaba, se

mareaba hasta tal punto que apenas veía donde ponía el pie.

Por lo general, el templo de una orden guardaba sus sutras sagrados en un lugar especial, la mayoría de las veces en la parte trasera del altar principal del pabellón de oro, colocándolos en un armario bellamente trabajado, prolijamente pulido y lacado y perfectamente protegido mediante una serie de cerraduras, lo cual también ocurría aquí, donde los sutras sagrados de particular significancia ritual, los más importantes, valiosos y antiguos, se custodiaban en un armario cerrado instalado en la parte trasera del altar, aunque, apartándose un poco de la costumbre que se impondría después, en este monasterio se construyeron para los demás tesoros y libros, según la tradición más antigua, dos edificios separados e idénticos en cuanto a formas y dimensiones, exactamente iguales en cuanto a techos y viguerías y aspecto exterior, dos edificios que se levantaron detrás del pabellón de oro en el lado derecho del siguiente patio y de los cuales el primero, el *shoso*, había de contener los tesoros de la orden y el segundo, el *kyozo*, situado a unos veinte *hiro*, o sea, a unos ciento veinte pies más o menos, debía guardar los sutras destinados al uso diario, así como todas las demás obras maestras en forma de libro. Los dos pabellones, situados a bastante distancia, por cierto, del conjunto de edificios construido en el otro extremo del patio, en los cuales, en lugar del campanario al que obligaba la tradición, se hallaban las celdas de los monjes, las casas para los huéspedes y las oficinas, no se parecían en absoluto a las demás edificaciones del monasterio, no se relacionaban con ningún otro pabellón ni con el sistema de corredores cubiertos, sus dimensiones eran otras, su planta era otra, se levantaban sobre unos llamativos y enormes pilares de *hinoki* o, mejor dicho, estaban realzados, de tal modo que estas construcciones empezaban a una altura de más o menos un *ken* y medio del suelo apisonado, y no se llenaron abajo los espacios entre los pilares, o sea, que se veía el «levantamiento» y, además, las paredes no estaban hechas con adobe revocado sobre un entramado de bambú, sino con viguetas de *hinoki* perfectamente rectilíneas, fijadas unas a otras horizontalmente, con la corteza un tanto cruda, entrelazadas mediante la más sencilla de las técnicas de ensamblaje en cruz, y, por otra parte, rodearon ambos edificios de una manera simple, con una valla de madera delgada, aireada y casi rústica, y, aunque para los tejados se usaron las mismas tejas que en otras partes, tanto la cámara del tesoro como la biblioteca de sutras pretendía expresar de la forma más decidida que su sentido, su objetivo, su tarea y su significado ritual eran diferentes que en el caso de los demás santuarios en el territorio del monasterio, pretendían expresarlo y, de hecho, lo expresaban, en primer lugar porque ambos pabellones carecían de ventanas, los cuatro costados de ambos estaban formados íntegramente por maderos de *hinoki* horizontales,

herméticos, colocados de manera continuada y regular, es decir, que ambas construcciones eran estructuras cerradas casi por completo mediante paredes, casi por completo, puesto que exactamente en el centro de las fachadas se dejaron sendas aberturas para las respectivas puertas, ambas compuestas de dos pesadas hojas, de suerte que existía, como es lógico, una entrada, exactamente en el centro de cada edificio, sendas puertas, sendas entradas, o sea, cuatro pesados batientes hechos de madera de *akamatsu*, dos edificaciones idénticas, basadas en los mismos principios, situados a una distancia de veinte *hiro*, es decir, a unos ciento veinte pies una de otra, aunque su estado era muy diferente, su situación ni siquiera podía compararse.

La cámara del tesoro había sido incendiada, pero de una manera incomprensible, como si el objetivo no hubiera sido el robo, ya que en el edificio no se percibía ningún otro tipo de daño: hasta parecía un poco exagerado hablar de incendiar, puesto que en las vigas y la cubierta se veía que habían intentado incendiarlas, se percibía que las vigas estaban quemadas, que habían perdido su colorido y se hallaban huérfanas, negras por el hollín, sobre los pilares de *hinoki* chamuscados, pero nadie había abierto la puerta, nadie había intentado entrar, por lo visto: las hojas estaban ilesas, la cerradura parecía intacta, no se observaba ningún rasguño, no había rastro alguno de una tentativa de forzarla, no había nada de nada, mientras que, por contra, el edificio de la biblioteca de sutras, al que no le habían prendido fuego pero que por un paralelismo lejano, inexplicable aunque quizá no del todo casual con la puerta rota del Nan-Daimon en el primer patio, tenía los dos batientes de la entrada forzados y desquiciados, si bien tanto aquí como allí sólo pudieron separarlas de las bisagras inferiores, mientras que las superiores aún las sujetaban como podían, de tal manera que las hojas colgaban de ellas como tristes recuerdos de su función, dejando entrar por el resquicio que se había abierto la luz allí donde hasta entonces ninguna persona había tenido el poder de permitirle el acceso.

La biblioteca de sutras había sido proyectada para permanecer en la oscuridad y proteger así los libros.

El nieto del príncipe Genji recorrió a paso lento los cuatro lados del *shoso* y luego se detuvo ante la biblioteca.

Contempló la puerta arrancada.

Por fin podía entrar en algún sitio.

Tal vez podía encontrar incluso un vaso de agua allí dentro.

Se quitó las *geta*, las colocó con cuidado al pie de la escalera y subió con los *tabi* blancos, sin hacer ruido, los escalones de madera, levantó con cautela la pierna para salvar el umbral elevado y entró en el santuario.

XXVII

El corte de las tiras de bambú requería un esmero extraordinario. Había que tener en cuenta la humedad de las diversas estaciones y todas las numerosas circunstancias que intervenían en el secado de las láminas de bambú cortadas en delgadas hojas, era preciso conocer todas las cualidades del bambú utilizado, incluida la sensibilidad de este tipo de bambú en las diversas estaciones y en las diferentes climatologías, era imprescindible saber cómo se comportaba a la sombra fría y a la sombra cálida, a un sol suave y a un sol fuerte, en definitiva, era necesario fijarse en todos los detalles para que las hojas de bambú cortadas, untadas cuidadosamente con el fin de prevenir los parásitos y secadas después prolijamente sobre fuego, cumpliesen realmente su función, es decir, para que su superficie fuese bella y regular y para que, después de alcanzar esta belleza y regularidad, se pudiese, además, escribir en ellas, porque de esto se trataba: los primeros textos de los sutras se escribieron con pincel y tinta china sobre estas tiras de bambú, se escribieron con mano segura en talleres diminutos y mal iluminados, sobre hojitas de bambú delgadas y de diferente tamaño según su importancia, que luego se ataban unas a otras —de manera bastante ingeniosa, aunque también un tanto enrevesada— con cintas de seda o tiras de cuero, creando de este modo los primeros libros de bambú, que eran los más antiguos y que no se guardaban allí, en la biblioteca de sutras, sino, con las piezas más valiosas, en el armario situado en la parte trasera del altar principal del pabellón de oro, al igual que las llamadas tablillas inventadas por esas mismas fechas más o menos, que deben considerarse singulares obras maestras de la bibliogonía, cortadas en forma rectangular o de ladrillo y primorosamente pulidas, usadas para redactar cartas o declaraciones breves no superiores a los cien ideogramas, cubiertas arriba y abajo con unas tapas de madera de idéntico tamaño, en las cuales figuraban los nombres del autor y del destinatario, así como, lógicamente, la dirección a la que se remitía el escrito, y las cuales se ataban, por último, con una cinta, de tal forma que se hacía un nudo y se sumergía en arcilla, en la que, a su vez, se estampaba un sello con la llamada arcilla de sellar para impedir que una persona no autorizada accediese al escrito sin dejar un rastro evidente de su intromisión... Así pues, había libros para guardar en el armario en la parte trasera del altar, como también había libros para guardar en el *kyozo*, donde no sólo se conservaban, como es natural, los sutras destinados al uso diario sino todo tipo de libros que no habían de permanecer necesariamente en las proximidades del Buda del pabellón de oro, como son, por ejemplo, los libros de seda, que, si bien no cabía la menor duda en cuanto a su antigüedad y a su extraordinario valor, quizá se hallaban allí porque, debido a la poca luz reinante en

el *kyozo* o a la escasa humedad, estaban más seguros que en el espacio abierto del pabellón de oro, más expuesto a las inclemencias del tiempo, de tal modo que los libros de seda, las piezas del siguiente gran capítulo de la bibliogonía, del nuevo paso que marcó otra época en la producción de libros, cuando en vez de escribir los textos de los sutras sobre bambú o sobre tablillas empezaron a hacerlo sobre una seda nivea que, una vez inventada y difundida, no tardó en ser tejida expresamente con este fin, de forma que se establecía la longitud del texto a escribir, se cortaba luego la seda a la medida, se entretejían las rayas que habían de separar las columnas de ideogramas, se escribían los textos sagrados entre estas líneas trazadas con tinta roja o negra y luego se envolvía todo con suma pericia, plegándolo o enrollándolo, para introducir finalmente toda la obra en una seda azul, de tal modo, pues, que estos preciosos ejemplares se guardaban con sumo cuidado, como es lógico, en la oscuridad permanente del *kyozo*, a lo largo de las paredes o en los estantes primorosamente lacados de la llamada biblioteca interior, más pequeña y cuadrada, construida en el centro del santuario, donde ahora quedaba patente que ni el estado impecable y celosamente vigilado de los libros de seda, ni el brillo de los estantes primorosamente lacados, ni la oscuridad protectora, ni el silencio milenario que suponía una protección aun mayor, habían interesado a aquel que se introdujo forzando la puerta, pues derribó incluso uno de los estantes del cuadrado interior, aunque se veía al mismo tiempo que al derribarlo tampoco se mostró interesado en hacer daño, es más, no se podía entender en absoluto lo que de verdad había ocurrido en el interior del *kyozo*, porque la escena que se contemplaba no permitía deducir ni robo, ya que se observaba a primera vista que nadie se había llevado nada, ni un propósito de destrucción bárbara, en resumen, que quien entró allí no era ni un ladrón ni alguien que de pronto hubiese perdido la razón e, impulsado por la locura, hubiese deseado romper cualquier objeto que considerase valioso, todo esto se veía sin ningún género de duda, aunque las causas de esta irrupción evidente pero incomprensible tanto aquí como en el Nan-Daimon, de este acto que casi podría definirse como delicado a pesar de su brutal esencia, que casi se parecía a una señal y por ende a algo no del todo perteneciente a este mundo, así como los objetivos de aquel que forzó la puerta del Nan-Daimon, que intentó prender fuego al *shoso* e irrumpió aquí, quedaban ocultos por unas tinieblas tan espesas como la oscuridad que en los mil años transcurridos se había posado sobre los valiosos objetos colocados en los estantes del *kyozo*.

XXVIII

La esencia del método *nagashikuzi* consistía en sumergir un tamiz de más o menos un *shaku* de alto y tres *shaku* de largo no una sino varias veces en una tina llena de pasta de fibra, con el fin de recoger varias capas de dicha pasta hasta que el material que quedaba en el tamiz, el papel inventado en el momento culminante y revolucionario de la historia del libro, alcanzaba el grosor deseado. Resultó muy importante la observación de que, añadiendo a la pasta introducida en la tina un extracto llamado *neri* procedente de las particulares raíces de un tipo de hibisco llamado *tororo-aoi*, aquel líquido espeso se volvía más pesado, viscoso y aglutinante, y entonces se aletargaba la estructura interna de la pasta, que se adhería mejor a la superficie del tamiz. Como fibra se usaba en un principio la de una planta llamada *kozo*, una morácea, y luego se substituyó por la fibra de una planta llamada *mitsumata* y, más tarde, por la de una llamada *gampi*, la cual produjo un papel especialmente fino y flexible.

La operación completa de la fabricación del papel transcurría bajo el estricto cumplimiento de unas exigencias de higiene extraordinarias, pues estaban convencidos de que sólo se podía conseguir un papel realmente valioso ateniéndose a las reglas con suma disciplina. Cada uno de los procesos de trabajo estaban regulados con detalle, desde la preparación de la materia prima hasta la fase de blanqueo, que se producía mediante el método más natural, esto es, con los rayos del sol. Era generalizado el convencimiento de que sólo a esta disciplina se debería la asombrosa calidad del *washi* producido, que en el caso de un papel perfecto a menudo sólo aparecía al cabo de los siglos, entonces, eso sí, de verdad.

Este fue, pues, el momento decisivo en la invención del libro, la invención del papel: el aprendizaje de la fabricación del papel en los talleres de la gran China, de aquel país incomparable, insuperable y asombroso en todo, que gozaba de un respeto inapelable, su implantación en Japón, en los rincones traseros de los monasterios y de las casas de los nobles, la aparición del papel y de los rollos en la historia, sobre todo de los rollos que al principio se fabricaban pegando un trozo de papel que se acababa de llenar con signos al siguiente trozo, y así sucesivamente, generando una larga hoja de papel que incluía todo el texto y que al principio sólo se plegó en la célebre forma del abanico llamada encuadernación de sutras, aunque luego se dieron cuenta de que existía otro método más propicio para proteger el libro, que consistía en enrollarlo y guardarlo en un rollo, cosa esta que en los primeros momentos se hizo así sin más, enrollando simplemente el papel, pero

después, gracias a la experiencia acumulada con la práctica cotidiana, no tardó en surgir la variante de enrollarlo sobre un cilindro y se creó de este modo el verdadero rollo, cuyo cilindro solía consistir generalmente en una barra gruesa de madera de pino bien pulida y pintada o, en el caso de piezas más valiosas, de marfil, arcilla barnizada, oro o incluso jade, si bien, al margen del material, lo esencial seguía siendo el hecho concreto de que este cilindro llevaba enrollado el papel, tan esencial, desde luego, como el cómo, como la elegancia del conjunto, que entrañaba lógicamente una importancia extraordinaria, tanta como su protección, claro está, pues para conseguirla, el papel escrito se pegaba sobre seda o un papel fuerte haciéndolo más duradero y resistente y se llegaba así, con la seda o el papel de refuerzo sobresaliendo del texto enrollado, a la forma característica del rollo clásico que tenía este detalle que servía, de un lado, para un importante objetivo práctico y, de otro, como elemento aleatorio, destinado a expresar el deseo de belleza, puesto que en el centro de esta cubierta protectora que sobresalía y se doblaba sobre el rollo se introducía, además, un cordelito que se utilizaba para atar efectivamente el rollo al cilindro y que permitió jugar durante siglos con la posibilidad de dar, mediante la delicada elaboración del cordelito, un significado aún más decisivo a los colores, al valor de la tela mezclada con oro o incluso a la lúdica elegancia del lazo.

XXIX

En circunstancias normales no tenía ninguna posibilidad de encontrar agua en el interior de un *kyozo*, de hecho, más que concebir una esperanza, solamente lo anhelaba, de tal modo que se extrañó sobremanera al entrar en la biblioteca de sutras y ver, a la luz que se filtraba, no sólo unas diez o quince velas en una caja de madera a la izquierda, sino también, a la derecha, una sencilla mesita con una silla, que parecían colocadas allí para el monje encargado de la vigilancia, así como una jarra de agua medio llena y dos vasos de hojalata abollados sobre la mesa.

Vertió agua en uno de los vasos, se humedeció primero los labios y se lo bebió luego todo.

Los valiosos rollos del monasterio, envueltos en seda, ocupaban las altas estanterías lacadas de todo el lado oriental de la biblioteca, mostrando los cilindros decorados que sobresalían y de los que colgaban unas diminutas tablitas de madera con todos los datos esenciales, tales como el nombre del autor, el título del libro sagrado, el número que ocupaba el rollo en cuestión en la obra completa, así como de qué sutra, declaración imperial o edificante historia religiosa trataba el texto. En el lado occidental se alineaban los libros impresos, los primeros ejemplares de los auténticos libros impresos, representantes del siguiente capítulo decisivo en la evolución histórica del libro, y lo hacían de tal manera que una parte de los estantes reunía aquellos que todavía se habían encuadernado en la forma de mariposa, es decir, en los que debido al método de cosido antiguo dos páginas impresas eran seguidas de dos páginas vacías, y la otra parte recogía aquellos en los que, al situarse el cosido en el otro lado de las hojas, la mariposa no continuaba su vuelo, el ala de la mariposa se quedaba dentro, pues las páginas vacías, que hasta entonces aparecían sistemáticamente, estaban ya vueltas hacia dentro, o sea, que cada página desplegada podía leerse y, además, los volúmenes con forma de cuadernos estaban protegidos por cubiertas más duras. Algunas obras, tales como el *Shoshinge tvasan*, que contenía himnos japoneses, o una edición del *Kannon reigenki*, o la célebre antología poética llamada *Hyakuinissu*, o un valioso *Genji Monogatari Emaki*, consistían en numerosos volúmenes delgaditos, es decir, que al cabo de un tiempo se extendió, para protegerlos, el uso de cajas de cartón revestidas de tela azul, costumbre ésta que se mantuvo con el paso de los años, de modo que, a partir de su invento, estas cajas se utilizaron para guardar los diversos frutos de la historia del libro, como ocurría también aquí, en este *kyozo*, donde los estantes del lado occidental estaban ocupados casi en exclusiva por estas cajas de cartón grandes,

revestidas de tela azul, para garantizar así la protección de los frágiles libritos y para desarrollar la forma bien conocida del tradicional libro japonés, siguiendo todos los preceptos desde el comienzo hasta los últimos logros de la técnica, siguiéndolos en el sentido estricto de la palabra, pues una obra podía nacer en cualquier época de la historia, la tradición, que podía significar la importancia duradera de la línea del pliegue, el llamado corazón, que separaba las dos páginas de un libro impreso con bloques de madera, que podía significar la denominación y el método de fabricación de la «boca» del libro o de la «raíz» del libro o de las esquinas de la cubierta revestidas con brocado dorado, que podía significar las diversas prácticas y materiales del cosido, así como, por último, el orden de los volúmenes en los estantes lacados de una biblioteca como, en este caso, en la biblioteca de sutras llamada *kyozo* construida junto al pabellón del tesoro en el patio situado detrás del pabellón de oro, la tradición siempre se mantenía viva, la tradición era la guía exclusiva hasta del último ejemplar producido, es decir, el libro y, por tanto, los tesoros de este *kyozo* habían sido creados por la tradición y eran conservados por la tradición, lo cual no quería decir otra cosa que el seguimiento natural, disciplinado, pero siempre flexible de los preceptos de una práctica basada en la experiencia, de los procedimientos y de los maestros más consecuentes y, en última instancia, la simple confianza en que la tradición existe, en que la tradición se basa en la observación, en la repetición y en el respeto al orden interno de la naturaleza y a la naturaleza de las cosas, y en que ni el sentido ni la limpieza de la tradición pueden ponerse en duda.

XXX

Alguien creyó verlo en la primera estación después de Shichijo, de manera que los ocho o diez hombres enviados a buscarlo allí se apearon del tren de Keihan.

Todos llevaban ropa europea y todos estaban completamente borrachos.

Perdidos, tambaleantes, desorientados, se quedaron largo rato detrás de la estación, mirando las calles que allí desembocaban. Después, uno de ellos señaló al buen tuntún una dirección y hacia allí se enfilaron finalmente. Dos de ellos encabezaban abrazados el grupo. Los otros los seguían, mareados, bamboleándose y dando tumbos. De vez en cuando, el de atrás gritaba algo al primero, que no le contestaba.

No había ni un alma en la calle. Más arriba, sin embargo, una anciana sacó la cabeza por el resquicio de la puerta de una casa, se inclinó hacia adelante y miró desconfiada tratando de averiguar la procedencia e identidad de esos transeúntes. Sus suspicaces miradas no prometían mucho, pero no les quedó otra opción: debían dirigirse a ella.

¿Ha visto por aquí al nieto del príncipe Genji?

La anciana ni se inmutó; se quedó mirándolos largo rato, como si acabara de ver un pegote asqueroso en la acera.

Luego sacudió la cabeza sin abrir la boca, se retiró rápidamente al patio como si temiera ser atacada y le echó el cerrojo de madera a la puerta, pero no se oyeron pasos que indicaran que se refugiase en el interior de la vivienda, de modo que era de suponer que permaneció tras la puerta escuchando y esperando a que se marcharan.

El nieto del príncipe Genji.

Cerdos borrachos.

Nunca había oído ese nombre.

En el espacio interior, precisamente en el centro del santuario, se hallaba una copia reducida del propio *kyozo*. Su planta cuadrada, aunque varios *shaku* más pequeña, era un fiel reflejo de la planta del *kyozo*, y las cuatro paredes formadas por estantes, imitaciones de las paredes del edificio, y la circunstancia de que se construyera un techo simbólico sobre estas cuatro paredes formadas por estantes, conferían un significado especial a este santuario interior que no tenía parangón y cuya entrada, una abertura sumamente baja y estrecha practicada en la pared de estantes, se hallaba, además, justo frente a la puerta del *kyozo* y dejaba claro que había sido creada para una sola persona, que sólo se había pensado en una persona al diseñarla, en aquella que, inclinando debidamente la cabeza y poniéndose de costado, pudiese introducirse en ese espacio interior, es decir, se consideró que únicamente un hombre se sentaría dentro, en ese santuario pequeño dentro del espacio grande, provisto sólo de una mesa ancha y baja en el centro, que únicamente un hombre, con la vela en la mano, desenrollaría o desplegaría y hojearía un libro guardado sea en el lado oriental, sea en el occidental, un libro que sacaría y traería de allí, porque simplemente no había lugar para más allí dentro, es decir, que las dimensiones habían sido calculadas de manera que quedase patente que no se contaba con más de una persona al mismo tiempo, así estaba todo planeado y así se construyó también, mientras que la tarea de las cuatro paredes formadas por estantes, uno de los cuales yacía ahora en el suelo, incomprensiblemente caído y roto, consistía a todas luces en guardar los textos imprescindibles para el monasterio, destinados al uso diario, varios de los cuales habían sido aplastados y destrozados por la estantería derribada y estaban ahora esparcidos por la devastación en el suelo del santuario, ya que hasta la irrupción se conservaban allí varios cientos de ejemplares idénticos del Sutra del Diamante, todos ellos con el lomo de los cartones, el título, las signaturas y los signos de identificación mirando hacia fuera, para que desde fuera se pudiesen identificar, alcanzar y coger de los estantes y sacar del *kyozo* sin necesidad de entrar en ese espacio interior destinado a un objetivo y a una tarea muy distintos, concretamente a que alguien se sumiese allí en las plegarias de Hyakumanto Dharani, a que alguien empeñado en buscar allí las memorias del genio de Kobo Daishi estudiase con toda calma el mundo escrito de la escuela *shingon*, a que alguien encontrase sin más la quietud, unas cuantas horas de paz y tranquilidad en esa colección sin par de los libros sagrados de Tendai, de Miroku y de Dainichi, tal como ocurría en esos precisos momentos al nieto del príncipe Genji, quien en verdad encontró allí la paz y la tranquilidad, pues eludió el lugar de la destrucción y se introdujo por la

abertura en el santuario interior, se inclinó respetuosamente ante la columna situada enfrente, se instaló sobre el tatami y luego, mientras recorría con la mirada poco a poco, estante por estante, los títulos de los sutras más cercanos, sus párpados comenzaron a pesarle y el sueño no tardó en adueñarse de él.

Fue en la última década del período Tokugawa que leyó sobre él por primera vez, cuando, por casualidad, vino a parar a sus manos la célebre obra ilustrada titulada *Cien hermosos jardines*, que empezó a hojear y que le impactó de inmediato, y, aunque los otros noventa y nueve eran todos sumamente interesantes, el que más lo fascinó fue el dibujo del centésimo, del jardín escondido, o sea, que leyó la descripción, miró la ilustración, y el texto leído y el dibujo contemplado en seguida plasmaron el jardín en su imaginación, y a partir de entonces ya no se libró de él, a partir de entonces este jardín escondido ya no lo soltó, simplemente no podía quitárselo de la cabeza, no cesaba de verlo ante sí, lo veía, no obstante, sin poder palpar su existencia, de modo que al cabo de un tiempo ya resultó del todo lógico que quisiera verlo en la realidad y diera, por tanto, el encargo de buscarlo, es decir, que impartiera la orden de que se pusiesen manos a la obra en el acto e investigasen, pero, claro, la investigación se puso en marcha a trancas y barrancas y así continuó, con dificultades, con lentitud exasperante, siempre con incertidumbres, adivinanzas e hipótesis, los académicos encargados se mostraban confusos y eludían a ojos vista el momento de rendir cuentas de sus pesquisas, resultó llamativo, por ejemplo, el balbuceante discurso que soltó un célebre erudito cuando se consiguió, por fin, que dijera unas palabras, que sí, se aclaró la garganta, que a costa de numerosos esfuerzos habían encontrado algo así como una pista que, según parecía, conducía a algún sitio, de lo cual él, el nieto del príncipe, en seguida dedujo que nada, que no habían encontrado nada, que no había ninguna pista, y tomó conciencia, claro, de que la verdadera causa era la propia obra, *Cien hermosos jardines*, pues la descripción y el encantador dibujo no daban, de manera lúdica y cruel, ninguna información precisa o, para ser sinceros, ninguna información sobre el paradero concreto del jardín en cuestión, de ese jardín escondido y verdaderamente fascinante en apariencia, hasta resultaba difícil, si no imposible, identificar la ciudad, el municipio, la provincia, ya que más de una vez se tuvo la impresión de que se trataba desde el inicio de una empresa sin esperanza, sin esperanza ni perspectiva, de que este jardín sólo existía quizás en la imaginación del autor de los *Cien hermosos jardines*, que sólo había sido creado como consecuencia de una broma personal, ingenua y equívoca, de tal modo que en más de una ocasión ocurrió que los trabajos se abandonaron, sin esperar siquiera su iniciativa para darlos nuevamente por concluidos, algunas eminencias científicas, sobre todo a principios del período Menji, intentaron varias veces reunir todo su coraje para convencerlo de que pusiera fin a las pesquisas de varios siglos de duración, aunque al final ni mostraron el coraje ni se produjo la tentativa de

persuadirlo, y acababan confesándole, cuando ya no podían aplazar más la presentación del informe, que no lo encontraban, es más, un día le trajeron la triste noticia de que no hallaban siquiera el único ejemplar de la obra titulada *Cien hermosos jardines*, precisamente la propiedad más querida del nieto del príncipe Genji, ni en su sitio de siempre, la biblioteca principesca donde se guardaba y donde debía estar, ni en ningún otro lugar donde podía encontrarse, y eso que lo buscaron y lo rebuscaron, que decapitaron a cuantos podían ser responsables de la pérdida, lo cierto era que la obra desapareció sin dejar rastro, admitieron derrumbándose, no está, o sea, que el jardín, si es que jamás existió, reconocieron llorando en vista del inminente castigo, el jardín ha desaparecido ya... Si es que jamás existió, resonó en el interior del nieto del príncipe Genji y volvió a resonar una y otra vez, con más y más frecuencia, en su memoria, aunque en su caso no con pesar aparente e incredulidad en el fondo como en el de los miembros de su séquito, cuchicheantes y preocupados por él, sino todo lo contrario, con una confianza suave, resistente y llena de fuerza que le venía desde el extremo más sombreado del recuerdo, para decirle que sí, que ese jardín existía, claro que sí, aunque el libro realmente se hubiera perdido, existía muy escondido sin duda, pero en algún lugar siempre volvía a cobrar vida en primavera y regresaba a la calma en invierno, un jardín pequeñísimo, señalaba la descripción original, situado en una parte abandonada de un gran monasterio, en una zona carente de interés, no visitada ni recorrida por nadie, pero allí estaba, señalaba enfáticamente el escritor, y quien lo encontrara, agregaba fascinado, quien lo viera no consideraría exagerado el entusiasmo del autor de los *Cien hermosos jardines* a la hora de escribir sobre dicho jardín, puesto que se enteraría por su propia experiencia de que el jardín era el perfeccionamiento supremo de la idea del jardín, ya que la mejor forma de definirlo era afirmar que su creador había «alcanzado la simplicidad», al tratarse de un jardín, escribía el autor con notable apasionamiento, que expresaba lo infinitamente simple mediante fuerzas infinitamente complejas, al tratarse de un hechizo «imposible de simplificar aún más» que, según la descripción, irradiaba toda la belleza interna de la naturaleza con una energía sin parangón, lo que buscaba era, pues, un jardín pequeño, que tampoco halló en el lugar supuesto, después de recorrer todas las partes del monasterio donde los arquitectos hubieran podido levantar algún templo accesorio o un santuario complementario, y ahora, en el silencio de ensueño de ese santuario que se sumía en el crepúsculo, tuvo la sensación de haber llegado quizás al punto donde, después de siglos y siglos de esperanza, podía confesarse al menos a sí mismo que no lo había encontrado, que, si bien no dudaba de su existencia, tal vez obraría más sabiamente si a partir de este momento diera la razón a quienes consideraban su jamás apaciguado deseo de hallarlo una enfermedad, el espasmo histérico de una atracción febril, el fracaso nunca reconocido de una investigación exagerada y obsesiva que llevaba siglos absorbiendo demasiadas energías sin un

debido motivo y que ya había perdido todo su sentido... Estaba sentado, recto, envuelto en el pacífico silencio del *kyozo*, sentado y dormido, contemplando la superficie pulcra de aquella mesa maravillosamente lacada y pensando que, bueno... que, según todos los indicios, nada... que allí tampoco lo había encontrado, que esas últimas informaciones, que señalaban este monasterio como un posible escenario, eran, por lo visto, erróneas, que, una vez más, unas informaciones engañosas habían vuelto a encender su imaginación, que, una vez más, unos datos y sugerencias falsas le habían prendido fuego, lo habían puesto en marcha, lo cual venía a significar que había sido un error, que la aventura de aquel día había sido un error, inclinó la cabeza mientras dormía, que había sido tiempo perdido a última hora de la mañana y tiempo perdido en el crepúsculo el hecho de venir, de escapar de la rigurosa seguridad del séquito sin ser percibido, de identificar las estaciones y los horarios del tren rápido de Keihan, de conseguir un mapa, de estudiar por dónde transcurrían las calles y de averiguar dónde podría encontrar el monasterio, que todo ello había sido una serie de actos erróneos y completamente infructuosos, tanto el plan secreto, como la huida, como el tren de Keihan, como, por último, la caminata cuesta arriba por las callejuelas.

Vio el triste montón de sutras dañados bajo el estante caído, vio las estanterías orientales y occidentales, percibió las luces ya crepusculares que se filtraban por la puerta forzada, cuando de pronto una imagen se le cruzó como un relámpago por la mente... y en seguida se esfumó, tan rápido que ni siquiera fue capaz de captar su contenido, pasó por él como una exhalación, se levantó y se esfumó, y allí se quedó él sentado a la mesa del santuario interior, totalmente tenso por la aparición y desaparición de la imagen que lo afectó a tal velocidad, que perdió a tal velocidad, de la que sólo comprendió su importancia, su peso, pero nada de su contenido, o sea, que, en efecto, se tensaron todos sus músculos, y así esperó a que reapareciera aquello que se había presentado de manera tan inopinada, forzó, hostigó y tensó su memoria que acababa de sumirse en el sueño, forzó, hostigó y tensó su cerebro arruinado, enfermo y demasiado sensible, por ver si podía invocar aquello que había visto, aunque sabía que era inútil, sabía que era en vano, pues cuántas veces había ocurrido ya que un fragmento del recuerdo se había presentado en su memoria para borrarse de forma definitiva, que era lo que ocurriría también en este caso, observó con amargura, porque esa imagen, fuese lo que fuese, había desaparecido para siempre, ya nunca regresaría, como si sólo hubiera sido capaz de iluminar por un instante aquel cerebro arruinado, enfermo y demasiado sensible para borrar acto seguido lo iluminado, de forma inmediata, definitiva, irrecuperable, eterna.

XXXIII

Bastó tomar agua de un vaso de hojalata, bastaron unas cuantas horas de sueño en la paz del santuario interior del *kyozo*, para que el nieto del príncipe Genji recuperara las fuerzas.

Estaba sentado, inmóvil, envuelto en la delicada fragancia del tatami.

Permanecía exactamente tan inmóvil y estaba exactamente tan despierto como a su alrededor los ejemplares del Sutra del Diamante, tanto en el orden de los estantes que habían quedado intactos como abajo en el suelo, de tal modo que allí dentro ya no había nada que tuviera una mayor velocidad que lo demás.

Era como si no respirara. Siguió concentrando la mirada en el lacado de la mesa, negro, lustroso y espejeante, y en el hecho de que esa mesa lustrosa estuviese vacía.

Desde fuera, la luz del sol poniente entraba ya en horizontal.

Detrás del *kyozo*, en la espesura de una alta azalea, permanecía agazapado un zorro rabioso, listo para saltar.

Tenía los ojos abiertos y no pestañeaba.

En esa mirada paralizante, inmóvil, confusa y roja no había más que ardiente locura.

Cayó la noche.

Poco a poco, los magnolios empezaron a cerrar sus enormes pétalos.

XXXIV

Solo se movió cuando ya casi había oscurecido del todo. Se levantó poco a poco y salió sin hacer ruido por la puerta del *kyozo*. Podría haberse dirigido en línea recta hacia el Nan-Daimon, consciente de no haber encontrado cuanto buscaba, pero, antes de abandonar el escenario, decidió, por si acaso, dirigirse en la otra dirección y comprobar todo el territorio.

Se puso, pues, las *geta* y se alejó de las bibliotecas, cuesta abajo, pasó al otro lado del patio, recorrió con la mirada las mudas fachadas de los edificios de oficinas, la lavandería, los baños y el comedor y se dirigió, por último, al otro extremo del monasterio, donde empezaban el cementerio y el huerto, donde habían construido los edificios de intendencia y los estanques, y dio luego media vuelta, pasó una vez más junto a las bibliotecas, junto al templo secundario y al pabellón de enseñanza, cruzó el patio, marchó por delante de la entrada principal cerrada de la residencia del superior de la orden, rodeó el enorme edificio del pabellón de oro y se detuvo finalmente ante el gran incensario de bronce de la ofrenda, donde encendió otro haz de varillas sumergiéndolo en la gruesa ceniza, se apartó, volvió a alzar las manos para rezar e inclinó la cabeza.

En el extremo del monasterio, a la vera de los estanques, se alzaba una choza sin pretensiones. El nieto del príncipe Genji no consideró que mereciera la pena acercarse y echarle un vistazo. De hecho, tenía razón, no había ningún motivo, no le habría ayudado en aquello que le interesaba.

Alguien había clavado al costado de la choza trece pescados dorados, que allí colgaban, muertos, con las brillantes escamas ya secas.

Les habían introducido los clavos por los ojos.

Tembló la tierra bajo el monasterio.

Fue un temblor minúsculo, delicado, apenas perceptible, pero por aquellos pagos las cosas estaban preparadas, los edificios estaban todos tan habituados a este tipo de movimientos sísmicos, que no se notó nada en el monasterio, ni en los objetos ni en los seres vivos se percibió que algo así como un temor los recorriera, a pesar de que se veía que temblaban los santuarios, que temblaban los tres grandes pórticos y la campana en el campanario, que temblaban las consolas de los corredores cubiertos, que temblaban los pilares, la pagoda y los techos sobre los muros, que temblaban dentro los Budas y las *shoji* en los marcos, que se estremecían los rollos en los estantes y los sutras esparcidos en el suelo del *kyozo*, se veía que temblaba el perro allá fuera al pie del ginkgo y temblaba también el Buda que volvía la cabeza hacia un lado en la caja dorada, pero, en efecto, no se percibía nada de miedo sino a lo sumo algo así como..., espera, como si cada uno de los objetos, cada uno de los rollos, cada uno de los Budas y cada uno de los pórticos y cada una de las hormigas y cada uno de los magnolios y hasta el pelo de la rata aguardaran, expectantes, deseosos de saber si el ligero temblor se convertiría en algo diferente, era eso, una espera y nada más, sólo eso se percibió mientras duró y, de hecho, no duró más de un único y largo minuto tal vez y concluyó, se acabó, se detuvo, la tierra se calmó, dejaron de temblar los santuarios, los pórticos y los Budas en el interior de los santuarios, dejaron de estremecerse los pilares, los techos, los sutras y hasta el pelo de la rata entre las coles del huerto, volvió a detenerse todo abajo, no se movió ya nada en los cimientos, reinó la calma y regresó la naturaleza anterior del silencio, así como dejaron de oscilar los cadáveres secados y malolientes de los trece pescados dorados clavados en el lateral de la choza que durante aquel largo minuto habían empezado a mecerse en sus clavos de hierro, todos al alimón, a un ritmo, como si de una danza macabra se tratase.

La residencia del superior de la orden estaba integrada por un total de cinco estancias que daban la una a la otra. Unos pocos tatami bastaban para llenarlas y parecía fácil identificarlas por el carácter evidente de sus funciones. Desde el corredor cubierto que venía del pabellón de oro, una puerta daba primero a una habitación completamente vacía, pero esta entrada no se utilizaba, por lo visto, puesto que un enorme candado ornamental la cerraba desde fuera. De hecho, no había nada en ese minúsculo espacio: seis tatami cubrían el suelo y las puertas corredizas, llamadas *fusuma*, servían de paredes, y estaban todas inmóviles en ese momento, rigurosamente cerradas, y sobre ellas se veían las huellas de unas pinturas al estilo chino desgastadas sobre el papel de arroz lleno de manchas. Desde allí, el camino conducía a algo así como un despacho no mucho más grande, que debía de ser la oficina del superior de la orden: había mesas, sillas y armarios europeos a ambos lados, mesas, sillas y armarios atestados de documentos, cuadernos de apuntes, archivadores, ediciones modernas de libros, una lámpara eléctrica de mesa, un ordenador viejo, un teléfono, una máquina de escribir, y todo esto, el caos reinante a la altura de las mesas y del armario, se veía contrarrestado por la plúmbea calma de una caja fuerte depositada en un rincón, en el suelo. Este espacio no estaba realmente separado del siguiente o, mejor dicho, habían quitado el par de puertas corredizas que los habrían distinguido de forma efectiva, de tal modo que esta parte de la residencia daba la impresión de haber ampliado o doblado la superficie, como si quisiera darse a entender que el paso entre un espacio y otro era libre, como si fuera importante comunicar que el despacho y el siguiente cuarto, que debía de ser el de los invitados, donde el superior de la orden recibía a los fieles laicos, a los huéspedes y a los monjes que vinieran a verlo, estaban relacionados. En el centro, un cómodo cojín revestido de seda amarilla señalaba el sitio del superior y en torno yacían esparcidos una serie de almohadillas envueltas en tela basta, sin orden ni concierto, tiradas aquí y allá, como si los invitados acabaran de levantarse y abandonar el lugar. Detrás del cojín del superior, en un *tokonoma* incrustado en la pared un poco más hacia una lado, colgaba una pintura, un rollo con treinta y un ideogramas, que citaban un enigmático e irregular *waka* del célebre hijo repudiado de Kobo Daishi:

El Buda no se va El Buda no viene El Buda es en vano, en Buda no está Mirar
abajo, a las honduras, no buscar nada No existen las preguntas.
En la pared de enfrente, otra puerta corrediza separaba este cuarto destinado a

todas luces a la recepción de los invitados de uno más amplio cuya función, sin embargo, no podía precisarse con facilidad, salvo quizá por el hecho de que al lugar también se accedía desde fuera. Podía ser la sala de espera para los fieles, los huéspedes o los monjes, o bien, a juzgar por una mesita baja tras la cual se veía asimismo un cojín para sentarse, una secretaría donde algún hombre de confianza del superior controlaba a quienes debían, pasar, se enteraba del asunto por el que acudía cada cual y decidía quién tenía motivos suficientes y realmente necesarios para molestar al superior, de tal modo que podía tratarse, pues, de una sala de contención, aunque tampoco era de excluir que sirviese meramente de protección entre las dependencias oficiales y la dependencia privada del superior, en la que se entraba desde el otro lado de este cuarto.

Porque, en efecto, desde aquí, desde esta cuarta sala más amplia se accedía a la habitación particular del superior, que era una pieza pequeñita, la más pequeña de las cinco.

En lugar de la *fusuma* se había instalado aquí una puerta europea, cuya cerradura también era europea.

En su interior reinaba un amontonamiento de cosas y un caos indescriptibles.

Los objetos más diversos se apilaban: montones de regalos de ofrenda, botellas de *sake* de ofrenda, libros y revistas ilustradas en el suelo, un gran cartel de una película estadounidense en la pared, una cama sin hacer y, frente a la cama, un televisor anticuado provisto de una antena interior y colocado sobre el estante instalado en la pared, un reloj de pulsera, un teléfono, también en el suelo, pantalones y camisas y calcetines mezclados con un sinnúmero de *dogi* y kimonos destinados a un uso cotidiano y cinturones y *tabi* y *geta*, diarios, platos, palillos y cartas, sobres y bolsas de plástico con publicidad por doquier, un caos babélico, una mugre imposible de limpiar, el escenario secreto de la vida cotidiana del superior de una orden, normalmente separado de forma estricta del mundo exterior.

En el centro de la habitación había una mesita baja y, encima, entre unos vasos resacos, cuatro botellas grandes de Johnny Walker, tres de ellas vacías y la cuarta con un tercio de su contenido.

El superior de la orden debió de marcharse a toda prisa.

Se le olvidó enroscar el tapón de la botella.

Aquel cuarto diminuto hedía a whisky.

Sobre la cama sin hacer, a su vez, había un libro escrito en francés, tirado sobre la manta con el lomo para arriba y abierto más o menos por la mitad, tirado allí mientras alguien lo leía o, para ser más preciso, como cuando alguien interrumpe la lectura por alguna causa inmediata. El lomo permitía leer el título, que era el siguiente: *El infinito: error*. Su autor se llamaba Sir Wilford Stanley Gilmore.

XXXVII

El nieto del príncipe Genji juntó las manos para rezar e hizo dos profundas reverencias hacia el pabellón de oro.

Sin embargo, no se dirigió hacia fuera, hacia los pórticos, sino que volvió por el lado derecho del monasterio.

Aun encontrando todo desierto, confiaba en hallar en su sitio al superior de la orden.

Se detuvo ante su residencia, allí donde una inscripción señalaba la entrada, se aclaró la garganta y llamó en voz baja.

Como no recibió respuesta, intentó abrir con suavidad la puerta corrediza.

Estaba abierta.

El nieto del príncipe Genji entró, se detuvo en la primera sala, la de espera o contención, y saludó en voz alta.

No obtuvo respuesta.

Reinaba un silencio absoluto por doquier.

De ningún modo quería marcharse sin que el superior de la orden se enterase de su presencia, de suerte que miró alrededor y decidió abrir la puerta más cercana. Aunque él no lo sabía, la puerta más cercana daba a la dependencia privada del superior, y cuando apretó el picaporte y comprobó que la puerta estaba abierta, entró inclinando la cabeza.

No había nadie en la habitación.

En un primer momento, sin haber mirado aún alrededor, pensó en buscar algún papel adecuado, tinta y pincel, y comunicar en unas cuantas líneas al superior que había estado allí y que lamentaba que no se hubiera producido el encuentro, en el que tantas esperanzas había depositado.

Sin embargo, se detuvo en el umbral.

Recorrió con la mirada ese caos, inapropiado para el lugar, de ropas amontonadas y platos y cubiertos y kimonos y *dogi y geta* y vasos y botellas de whisky, recorrió con la mirada los extraños objetos de la habitación, clavó la vista en el cartel de una película estadounidense colgado en la pared, en el televisor instalado frente a la cama, en el teléfono que yacía en el suelo y en el reloj de pulsera que a punto estuvo de pisar y, pasmado por encontrar un mundo así en un lugar tan poco idóneo para él, olvidó incluso la debida cortesía y respeto y se olvidó incluso de sí mismo, pues no salió en el acto, no lo dejó todo allí tal como estaba, no cerró tras de sí la puerta del territorio del superior de la orden, que es lo que debería haber hecho en cualquier circunstancia, sino que, asombrado, entró poco a poco como quien no se cree cuanto ven sus ojos y se dejó caer sobre la cama y, como en su distracción a punto estuvo de sentarse sobre el libro que habían dejado allí, lo cogió y, a la luz de la lámpara, echó un vistazo al título para acabar hojeándolo, extrañado.

No se oía ningún ruido, ningún rumor, desde ningún punto del edificio.

Ya había anochecido del todo en el exterior.

El nieto del príncipe Genji se quedó largo rato hojeando el libro, luego lo cerró con cuidado, marcando con un trozo de papel la página por la que había quedado abierto, y le buscó un sitio en la habitación.

Apartó unos cuantos objetos en uno de los estantes de la pared y allí guardó el libro.

Sabía exactamente que había cometido un acto tremendamente irreflexivo e irrespetuoso.

No buscó ni papel ni tinta ni pincel.

En su próxima visita sin duda debería reparar el daño.

Sin embargo, el nieto del príncipe Genji no pensaba en ello en este momento.

Con tristeza en la mirada, volvió a echar un vistazo a la habitación y luego salió a la sala de espera, se puso las *geta*, se dirigió a paso lento hacia la salida, cerró tras de sí la puerta y, después de atravesar a toda prisa el patio, abandonó el monasterio precipitadamente.

A lo lejos, cerca de las dos bibliotecas, el zorro rabioso empezaba a ser

sacudido por las convulsiones bajo la espesa azalea.

El zorro agonizaba.

En esa mirada paralizante, inmóvil, confusa y roja ya no ardía ninguna locura.

En esos ojos se quebró la luz.

XXXVIII

La obra de Sir Wilford Stanley Gilmore era bastante voluminosa, se extendía más de dos mil páginas, y el editor no incluía en el breve prólogo, contrariamente a la costumbre, las obligadas fórmulas de cortesía en elogio a la persona que apoyó e hizo posible la edición, ni se rendía a la convención de presentar al lector a un erudito poco conocido por el gran público, sino que protestaba agriamente contra la posible acusación del lector de que habría sido más cómodo, manejable y atractivo un libro en dos volúmenes, y por este exabrupto carente de motivos y explicaciones, así como por la sorprendente franqueza del estilo o, más bien, por la rudeza del tono (no paraba de usar expresiones tales como «joder», «mierda» y «la puta que os parió»), daba la impresión de que el autor de la introducción no era una personalidad cualquiera sino el propio escritor, y cuando el editor oculto en la tercera persona del singular explicaba en este prólogo sumamente original, dedicado a las enormes dificultades inherentes a la vida y al trabajo del «autor», que la publicación en dos volúmenes, es decir, la posible separación entre el primer y el segundo tomo, destruiría de manera fundamental la totalidad de la obra, ridiculizaría su argumentación, tacharía, tal como ponía allí en cursiva, los *cálculos* del autor, daba definitivamente la sensación de que esas palabras preliminares no habían sido escritas por el editor y de que el escritor, quienquiera que fuese, no confiaba en absoluto en los lectores, los despreciaba, no mostraba ningún interés por ellos y, los consideraba unas nulidades, de que no creía que existiera alguien capaz de leer el libro hasta el final y, sobre todo, tal como agregaba a su particular manera, disfrazado de tercera persona del singular, que este lector pudiera valorar la importancia del autor y su obra, pues el pensamiento era tan revolucionario, tan extraordinario, tan original y escandaloso, escribía, que a él, al editor, no le cabía la menor duda al final de su introducción de que en el futuro tampoco aparecería nadie en condiciones de comprender la esencia de la obra editada, así como sus extraordinarias consecuencias...

En la página de créditos del volumen figuraban una pequeña ciudad llamada Bures-sur-Yvette, así como el nombre de un Institut des Hautes Etudes Scientifiques Gilmore-Grothendieck-Nelson.

El libro de más de dos mil páginas, impreso en papel pergamino, consistía casi en su totalidad en cifras arábigas.

La portada contenía el nombre del autor, el título de la obra y el año de edición, a continuación venía una página en blanco con la página de derechos en letra pequeña en el verso, y en la hoja siguiente empezaban sin más explicación los números, desde el cero, pasando por el uno, el dos, el tres, el cuatro, el cinco, el seis, el siete, el ocho, el nueve, hasta el diez, y así sucesivamente, las cifras se seguían pegadas unas a otras con signos minúsculos, casi microscópicos, de manera que no tardaban en llegar los cientos, los miles, las decenas de miles y los cientos de miles, todos según el riguroso orden lineal que correspondía a cada cifra, y luego los millones, los miles de millones y los billones, sin que quedase fuera, sin que se saltase, sin que se dejase de lado ni un solo número, tal era la precisión y minuciosidad, aunque, llegado a este punto, el billón, ocurrió por vez primera que no se plasmaba el orden consecutivo de los guarismos sino que se detenía, se paraba en el sentido de que se limitaba a señalar el punto en el que se hallaba, es decir, indicaba que se hallaba en el billón, es decir, escribía 1.000.000.000.000, añadía el siguiente número, o sea, 1.000.000.000.001 y agregaba que así sucesivamente hasta los diez billones, los cien billones, los mil billones y los diez mil billones y, después, los cien mil billones, y a partir de estas cantidades ya sólo comunicaba el punto de partida, es decir, al llegar al millón de billones o, dicho de otro modo, al trillón solamente ponía 1.000.000.000.000.000.000, pero ya no agregaba 1.000.000.000.000.000.001, sino que seguía con diez trillones, cien trillones, mil trillones y así sucesivamente hasta el cuatrillón, al tiempo que no dejaba de poner puntos suspensivos en el lugar de los números que evitaba hasta ese guarismo, el cuatrillón, el cual contenía veinticuatro ceros después del uno, y así continuaba hasta al quintillón, que contenía treinta ceros después del uno, y no se detenía, sino que proseguía con el sextillón, el septillón, el octillón, el nonillón, el decillón, y, después de escribir sesenta y seis ceros, que llamó el undecillón, continuó enumerando, y vinieron las ingentes cantidades de ceros desde el duodecillón hasta el vigintillón y luego hasta el centillón, para proseguir con un centillón y un millón, un centillón y mil millones, un centillón y un billón, un centillón y un trillón y, después, el centidecillón, el centiundecillón, el centiduodecillón y así sucesivamente hasta el centinonagintaocillón y el centinonagintanonillón, y en todo este proceso apareció, por ejemplo, el siguiente asombroso número, que sonaba así, aunque él no lo escribía con letras sino, lógicamente, con cifras, igual que hasta entonces, es decir, aparecieron los novecientos noventa y nueve mil novecientos noventa y nueve nonagintanonillones novecientos noventa y nueve mil novecientos noventa y nueve nonagintaocillones novecientos noventa y nueve mil novecientos noventa y nueve nonagintaseptillones novecientos noventa y nueve mil novecientos noventa y nueve nonagintasextillones novecientos noventa y nueve mil novecientos noventa y nueve nonagintaquintillones novecientos noventa y nueve mil novecientos noventa y nueve nonagintacuatrillones novecientos noventa

y nueve mil novecientos noventa y nueve nonagintatrillones novecientos noventa y nueve mil novecientos noventa y nueve nonagintabillones novecientos noventa y nueve mil novecientos noventa y nueve nonagintamillones novecientos noventa y nueve mil novecientos noventa y nueve nonagintillones, para que a continuación señalara con los habituales puntos suspensivos que daría un salto, que daría, concretamente, un salto enorme y así fue enumerando hasta comunicar luego de improviso que ahora vendría el último número pronunciable en la gran obra titulada *Ajuste de cuentas con el infinito*, que era como aquí llamaba su obra por vez primera, vendría el último número pronunciable, que aparecía claramente en cursiva para que el lector no pudiese sustraerse a su importancia, el último número, los últimos mil doscientos noventa y nueve que pueden decirse, empezando, por atrás, con la retahíla de seiscientos noventa y nueve de los novecientos noventa y nueve mil novecientos noventa y nueve nonagintanonillones hasta alcanzar un triunfal centillón y siguiendo con los seiscientos noventa y nueve que finalizan con los últimos novecientos noventa y nueve mil novecientos noventa y nueve millones novecientos noventa y nueve mil novecientos noventa y nueve, pues éste es el último número que puede pronunciarse, señala Sir Wilford, ya que no se puede ir más allá de la serie del centillón, ya que el centillón, lo convenció sin dejar lugar a dudas el profundo y minucioso estudio del Oxford English Dictionary, el centillón es la última potencia de diez que posee nombre propio, y a partir de allí los nombres desaparecen, y a partir de allí, continúa el autor, Sir Wilford Stanley Gilmore del Instituto de Investigaciones Matemáticas Gilmore-Grothendieck-Nelson, quien quiera continuarla serie, quien quiera ver que la serie de los números es finita, que no es un territorio infinito, deberá dar otro paso e imaginar todos los objetos en los que pueda escribirse y poner al principio del primero de estos objetos, con la cifra más pequeña imaginable, pero real —¡real, insiste Sir Wilford!—, el número uno y luego, con el mismo tamaño de cifra, cuyas extraordinarias dimensiones aún pueden reducirse con una intensidad también extraordinaria, todo lo que permita la capacidad de la ciencia en un momento dado, y luego, dice Sir Wilford, llenar de ceros, en apretadísimas hileras, todos los objetos de la tierra y del universo abarcable adecuados para ello, adecuados, explica Gilmore, para que se les escriba encima, poner, por tanto, todos los ceros posibles, de tal manera que en este universo apropiado para la escritura el último lugar lo ocupe un uno, luego un dos, luego un tres, hasta llegar al nueve, para que este nueve sea sustituido después por un cero en el último lugar y en el penúltimo aparezca entonces un uno en vez del cero y luego un dos y un tres hasta el nueve, y este nueve sea sustituido otra vez por un cero, pero de tal modo que en el antepenúltimo lugar aparezcan entonces un uno, un dos, un tres, hasta llegar al nueve, de forma que no sólo por todos los papeles existentes, sino también por todo el espacio objetual del universo pasa la serie de decimales entre esos dos minúsculos números uno, retrocediendo hasta llegar al

primero, donde no ocurre más, aclara Gilmore, que el uno que figura en el primer lugar del universo objetual apto para la escritura se convierte en un dos, que se convierte luego en un tres hasta llegar al nueve, mientras, como es lógico, retrocede desde el último lugar la serie de nueve cifras hacia el dos situado en primero, después hacia el tres situado en primero y por último hacia el nueve situado en primero, para alcanzar así, en última instancia, el resultado final, que es TODOS LOS NÚMEROS NUEVE que puedan escribirse en todos los objetos del mundo y del universo en los cuales pueda escribirse con las cifras más pequeñas posibles, esto es, así concluye el autor su revolucionaria argumentación, EL ÚLTIMO NÚMERO, el número más grande, que no tiene otro más grande en la realidad, puesto que la realidad es finita, comunica Sir Wilford al agotado y asombrado lector, sólo podemos construir el infinito mediante agudas abstracciones y por el hecho de que la verdadera magnitud supera en tal medida la facultad de comprensión e imaginación de la conciencia humana que, al no ser capaz de seguir ese algo real, pero inconcebiblemente grande para ella, lo percibe como infinito, que para ella viene a ser, lógicamente, algo así como el infinito pero no la realidad del infinito, que sólo osan afirmar, construyendo estructuras abstractas, unos matemáticos llamados teóricos, depravados y malvados hasta la médula, sumidos en la investigación de juegos y no de la realidad, según los cuales si decimos, por ejemplo, que siempre existe un número más grande que el número más grande ya estamos demostrando de manera indiscutible la existencia del infinito, o sea, estamos refutando supuestamente el trabajo al que él ha dedicado su vida, refutando supuestamente la tesis de este libro, pero, claro, no es una refutación, escribe el residente del Instituto Gilmore-Grothendieck-Nelson, sino una simple construcción, cuya validez no podemos descubrir ni demostrar en la realidad por la sencilla razón de que la realidad no conoce el número infinito, no conoce la cantidad infinita, de que la cantidad infinita no existe para la realidad, porque la realidad sólo existe en territorios finitos, pues, de lo contrario, la propia existencia, la propia realidad serían imposibles, es decir, la realidad es de naturaleza objetual, señala con una formulación un tanto improvisada Sir Wilford, y mientras existan las cosas, habrá entre ellas distancias conceptuales, y mientras exista este tipo de distancia entre dos cosas en la realidad, que yo, insiste el autor, no sólo no niego sino que considero lo único existente, porque única y exclusivamente existe la realidad, es decir, que mientras exista entre dos cosas reales una distancia, que puede referirse a la parte más insignificante de la materia, mientras exista, pues, una distancia entre dos elementos, dos partículas, dos dioses, dos pájaros, dos pétalos, dos suspiros, dos disparos, dos contactos, escribe Gilmore, el mundo, el universo, será finito y no infinito, porque lo infinito, así llega Sir Wilford Stanley Gilmore a la última frase de su obra, el infinito sólo podría existir si entre dos cosas, dos elementos, dos partículas, dos dioses, dos pájaros, dos pétalos, dos suspiros, dos disparos, dos

contactos, no hubiera una distancia, sólo y exclusivamente en este caso podríamos hablar del infinito, sólo en el caso de que esta distancia no existiese. Esta distancia, sin embargo, existe, como puede demostrarse, y así concluye Sir Wilford su obra de más de dos mil páginas.

Al final de la obra aparece, además, una breve nota en la que el autor insulta con palabras groseras de intensidad diversa, pero siempre sumamente vulgares, a los siguientes matemáticos: en primer lugar a un tal Georg Cantor, y luego a Bolzano, a Dedekind, a Frege, a Zermelo, a Fraenke, a Brouwer, a Whitehead y a Paul Cohén, y a cada uno le dedica feroces epítetos para atacar luego a un tal David Hilbert con durísimas palabras y con frases en las que no cesan de aparecer expresiones crudas, como «la madre que te parió», «una mierda» y «a ver si te jodes» y otras similares, e insistir finalmente una y otra vez en un único nombre con una rabia realmente incansable e inagotable, en el nombre de Georg Cantor, pues es allí donde su cólera alcanza las cotas más altas, le basta escribir el nombre de Cantor para que se perciba que se le ha subido la sangre a la cabeza, pues es Cantor, señala, quien, en contra de todas las cautelas de una mente tan serena como la de Kronecker, selló el espíritu del mundo occidental, la historia escandalosamente limitada del pensamiento científico occidental, él, ese platónico desgraciado, ese lastimoso creyente en Dios, ese enfermo mental sumido en una grave depresión convenció al limitado mundo occidental de que el infinito existe, de que el infinito es parte de la realidad, él, Georg Cantor, quien, así se señala en las últimas líneas, ni siquiera merece que su nombre sea olvidado.

Sus malestares y desmayos no sorprendían realmente a nadie de su entorno y menos aún a él. Desde la más tierna infancia sufría de una «sensibilidad excepcional», que es como lo definieron los médicos a finales del período Heian, padecía una sensibilidad estrechamente relacionada con las anteriores vidas del nieto del príncipe Genji, como solían expresarse por aquel entonces, una sensibilidad, decían, que reaccionaba con un estado emocional extraordinario del organismo ante un acontecimiento imprevisible para otros, pero inminente para él en la realidad, y a la cual le bastaba ya la remota posibilidad de tal acontecimiento, la simple probabilidad de que se produjera, para empezar a destruir el sistema nervioso. A él, concretamente, afirmaban los monjes eruditos, no lo desarmaba la realidad, sino la posibilidad de la realidad, lo dejaba inerme y hacía aparecer síntomas más o menos graves de malestar físico, y esto ocurriría siempre, no tenía, señalaban, ni remedio ni terapia, como tampoco lo tenía, en efecto, ese día en el que la mera idea de alejarse durante medio día de la ciudad imperial, de liberarse durante unas horas de su séquito, de escapar una mañana mediante algún truco habilidoso, de quedarse solo y dirigirse al monasterio situado en una colina o montaña en el que, según un joven erudito introducido no hacía mucho a su entorno, podía encontrarse el jardín buscado, esa mera idea ya fue suficiente para que volvieran a adueñarse de él los mencionados síntomas físicos y empezaran a atormentarlo, que era, precisamente, lo que deseaba, que una verdad se hiciese por fin realidad, y, en efecto, todavía en el vagón del tren de Keihan, los síntomas lo importunaron mediante una repentina, suave y alevosa sensación de debilidad y luego, al llegar al monasterio, en forma de un abatimiento difuso para manifestarse después en un dolor más y más asfixiante mientras avanzaba poco a poco desde el Nan-Daimon rumbo al pabellón de oro.

Sí, era decididamente un dolor pero, como siempre, sin fuente ni punto de partida ni núcleo nombrable, un dolor que se limitaba a estrangularlo y a encerrarlo en sí mismo como si no quisiese soltarlo nunca, un dolor que, sin embargo, no le causaba sorpresa, puesto que sabía ya desde las señales premonitorias que debía contar con él o, dicho de otro modo, que estaba preparado para él, de suerte que el ataque no lo asustó en absoluto, no sólo porque las leyes referidas a su vida excepcional eran asimismo excepcionales, sino porque solamente podía correr cierto peligro, en un caso así, si no encontraba a una persona y cierta tranquilidad y, digamos, concluyó en ese momento con voz apenas audible, un vaso de agua, y porque, además, resultaba inconcebible no poder ahuyentar este peligro, sí es que

realmente merecía tal nombre, ya que siempre acababa contando con una persona, con cierta tranquilidad y, eventualmente, con un vaso de agua.

Esta vez tampoco dudó de que así ocurriría, aunque al volver en sí en la terraza del templo secundario, tenía motivos para preocuparse al no encontrar a nadie a su vera. Mucha falta le hacía, desde luego, pues su conciencia no se hallaba del todo en su sitio, y sentía un enorme deseo de que lo acostaran, se ocuparan de él, le estiraran el cuerpo, le apoyaran la cabeza donde correspondía, le garantizaran una tranquilidad absoluta y, sobre todo, de que hubiese allí alguien con un vaso de agua en la mano, por ejemplo, que era, concretamente, lo primero que ansiaba el nieto del príncipe Genji después de esos momentos de malestar, un vaso de agua quizá, decía con voz apenas audible, o se limitaba a un ademán, y ya se lo ponían en la mano, ya cogía él el vaso, ya se lo bebía y ya notaba que sus miembros recuperaban las fuerzas.

En vano le hacía falta, sin embargo, en vano lo deseaba, nadie emergió del silencio para ponerse a su servicio, y su conciencia tampoco se situó, por tanto, allí donde debía, de modo que no le quedó más remedio que echarse a andar tambaleándose, cruzar la terraza totalmente inseguro, como un ciego, dejar atrás el templo secundario, pasar por delante de los escalones y la puerta de piedra de un templo accesorio, que pasaron flotando a su lado envueltos en una niebla espesa y arremolinada, de modo que no hubo forma de ver ni identificar nada —¿escalones de piedra? ¿muro de piedra?—, atravesar simplemente esa densa penumbra, salir de alguna manera, escapar de la niebla, ver por fin algo en medio del vértigo, es decir, encontrar la tranquilidad, a una persona al menos y ese simple vaso de agua, por fin, en algún sitio...

Se alegró mucho al percatarse, al cabo de unos pasos, de que el pañuelo de seda que se le había caído seguía en su puño.

Gracias a Dios, no lo había perdido.

Lo calmó el tacto fresco de la seda, que, decía siempre, nada podía remplazar.

En dos sentidos estaba el jardín escondido en el monasterio.

Estaba escondido porque el patio y el santuario en el que se hallaba quedaban al margen de la red de caminos principales y secundarios del monasterio, es decir, se hallaban en un terreno evitado por casi todo el mundo, por el que nadie transitaba, ni un solo monje y menos aun un superior, para qué. De hecho, a nadie se le pasaba por la cabeza entrar allí por el motivo que fuese, todos sabían que allí dentro no había nada digno de mención, únicamente permanecía allí un religioso laico que, tras la muerte de su esposa, llevaba años viviendo solo en aquella casucha enclenque levantada junto al santuario y que se ocupaba sin ayuda de nadie de los quehaceres relacionados con la casita, el santuario y el jardín, cuando no se dedicaba a tocar su *shatuhachi*. Por otra parte, estaba escondido en el sentido de que si uno, sin hacerse muchas ilusiones, subía a pesar de todo esos escalones de piedra que no prometían nada y franqueaba la puerta de piedra que prometía aún menos y echaba desde allí un vistazo al patio, no hacía más que toparse con el hecho consumado de que, en efecto, todo era tal como lo había imaginado antes de subir los escalones y franquear la puerta, de que no merecía la pena entrar o, dicho de otro modo, el ocultamiento funcionaba de tal manera que si a alguien, a despecho de todo, se le ocurría dar unos pasos por el patio, en cuyo otro extremo se hallaban el santuario y, a su lado, la casucha, seguía sin saber que allí se escondía un verdadero jardín, puesto que al mirar alrededor, por primera vez y de forma somera, veía desde luego un patio que hasta podía merecer el nombre de jardín, pero no era más que un pequeño triángulo cubierto de hierba con un viejo *hinoki* totalmente reseco, unos cuantos arbustos diminutos y unos escasos y escuálidos arbolitos, aunque también había allí un poco de vida, con un pequeño pino negral, un pequeño pino albar y un pequeño roble, así como una camelia, un arbolillo de té y un pequeño boj seco, un pequeño *momiji*, un pequeño *satsuki*, un pequeño *maki* y un *ja no hire* y *haran*, como es natural, pero todo bastante abandonado en el primer triángulo del patio visto desde la entrada, porque hay que imaginar el lugar de tal manera que, al entrar por la puerta de piedra, se encontraba uno con que el rectángulo del patio estaba dividido en dos triángulos por un sendero que empezaba en la esquina izquierda y transcurría en diagonal y en el triángulo superior se amontonaban sin orden ni concierto, un poco asilvestrados, perjudicándose unos a otros y sin alegrar particularmente a nadie, los mencionados arbolitos y arbustitos y aquel pobre, viejo y reseco *hinoki*, mientras que al otro lado del sendero que atravesaba el rectángulo en diagonal, concretamente en el triángulo

derecho, crecían algunos de estos arbolillos y arbustos, algunas modestas ramas en su mayoría, y aquí y allá yacían también, como por costumbre, algunas piedras talladas que tenían grabadas citas edificantes de los sutras, o sea, que quien entraba sólo se topaba con esto y veía en el fondo el santuario, que, igualmente, no era más que una leñera sin pretensiones, parecida más bien a una casucha enclenque, con una reja protectora en el medio, con un cencerro que servía de campana en la viga de arriba y, en el interior, con una copia de un santo budista tallado en madera y decididamente feo en aquel pequeño santuario expuesto al aire, y no había nada más, salvo, también atrás, la casa del monje, que era una especie de almacén, y eso era todo, en efecto, y quien entraba salía en el acto y no se le pasaba por la cabeza la posibilidad de volver, de tal modo que nunca llegaba a conocer su enorme error, su falta de atención, comprensible, sí, pero de consecuencias extraordinarias, pues pasaba por alto que, en el lado derecho del sendero trazado en diagonal, detrás de los arbolillos y arbustos plantados al borde, como si fuera a su sombra, había en el fondo del triángulo un jardín, un jardín minúsculo, el jardín más sencillo del mundo, una creación inimitable, irrepetible y pasmosa bordeada por un muro de piedra alto, sencillo y un tanto mohoso que empezaba por el lado derecho del templo accesorio y recorría dos lados de ese jardín que, escondido y protegido por el muro y por los arbolillos y arbustos, no era más, de hecho, que una alfombra de musgo que cubría toda la superficie del terreno, una alfombra espesa, compacta, del grosor de un palmo como mínimo, de matices plateados, de sustancia dura pero infinitamente suave al tacto, de la cual surgían ocho cipreses de *hinoki* de unos cincuenta años de edad, que alzaban sus coronas a gran altura.

Una alfombra de musgo con ocho cipreses de *hinoki*.

Verlo y hablar luego de él, divisarlo y encontrar las palabras precisas para describirlo, hallar las expresiones adecuadas, comprender la esencia, todo ello era una tarea difícilísima, puesto que este jardín surtía un efecto tan enorme sobre el espectador que, por muy serena que fuese, la persona quedaba despojada de la posibilidad de hablar en su primer estupor, al que le seguía otro mucho más profundo al captar cada vez mejor cuanto veía, es más, el espectador no sólo estaba imposibilitado para describir este jardín con la ayuda de las palabras y expresiones adecuadas, sino que, dicho de forma más matizada, aquel que veía el triángulo inferior, situado a la derecha del sendero trazado en diagonal, aquel que encontraba por casualidad el jardín y le echaba un vistazo ya no quería hablar sobre ello, porque el primer efecto del jardín era suprimir su voluntad, la intención de expresar algo respecto a él y por eso resultaba tan difícil encontrar, como quien dice, el habla, las palabras y las expresiones adecuadas, ya que la infinita sencillez del jardín—hombre, si no consiste en más que una alfombra de musgo de ocho pasos

en dirección a un muro y de dieciséis pasos, digamos, en dirección al otro muro, o sea, no consiste en más de cuatro por ocho *hiro*, en una alfombra de musgo de la cual surgen ocho cipreses de *hinoki* de la misma edad más o menos y de una altura de unos treinta metros —, el hecho de no contener ninguna planta extraordinaria ni impresionante, ninguna piedra de formas fantásticas, nada espectacular, ni fuente, ni cascada, ni artesa, ni mono tallado, ni pozo, el hecho, pues, de no tener nada circense ni guardar relación alguna con lo agradable o incluso con el entretenimiento, fuese elevado, fuese vulgar, la infinita sencillez, pues, que constituía su esencia, significaba la concentración definitiva de la belleza, la energía y el hechizo de la simplicidad, a cuyo influjo nadie podía sustraerse, de modo que quien lo veía ya no quería desprenderse nunca más, y allí se quedaba, contemplando la alfombra de musgo que seguía de forma suave y ondulada la superficie del terreno irregular que tenía debajo, se quedaba para comprobar que el color plateado verdoso era como el paisaje de un cuento, pues todo fulgía desde dentro, desde dentro resplandecía algo argénteo e indescriptible en ese manto grueso y compacto del musgo y desde allí se alzaban, bastante cerca el uno del otro, a pocos metros de distancia el uno del otro, los ocho cipreses de *hinoki*, con el maravilloso entramado marrón rojizo del líber en el tronco, que se desintegraba en tiras delgadas, y con ese follaje vivo, bañado en un verde fresco, delicadamente imbricado en las alturas, o sea, que quien se detenía a contemplarlo ya no deseaba pronunciar ni una sola palabra más y se limitaba a mirar y a callar.

Si alguien hubiese mirado a las profundidades, si alguien hubiese mirado al espacio subterráneo inconmensurable e invisible, pero no infinito, que, en un trabajo de millones de siglos, terrible, por inconmensurable e invisible, pero no infinito, produjo ese instante único e irrepetible del jardín a la última hora de la mañana del día en el que el nieto del príncipe Genji, ciego, sufriente y mareado, pasó ante su entrada, si alguien hubiese mirado a las honduras, pues, o, dicho de otro modo, si se hubiese sumido, pensando, en las honduras para averiguar qué había debajo del jardín, habría podido recorrer con la mirada las fronteras inferiores de la capa denominada litosfera continental, podría haberse detenido allí, a la inconcebible profundidad de entre ochenta y cien kilómetros y haber posado, por ejemplo, la mirada en la frontera de la capa terrestre denominada manto superior, puesto que esa capa excepcional, ese llamado manto superior era y seguía siendo el auténtico lugar de nacimiento de las rocas, dado que allí surgían cuatro minerales de suma importancia, el olivino, el piroxeno, el anfíbol y la flogopita, y, a partir de allí, distinguiéndose de ellos sólo por el tamaño de grano, pero distinguiéndose, eso sí, de forma efectiva, precisamente debajo de este jardín, la serpentina y la clorita, dado que allí nacían los llamados accesorios, esos extraordinarios minerales complementarios que sobrevivieron a todos los procesos increíblemente violentos de la evolución de la tierra, a la historia de cientos de millones de años de presiones y temperaturas, de movimientos y fracturas, de derretimientos y solidificaciones, lo cual significó que estos minerales tan singulares y realmente mágicos como, muy concretamente, el más extraordinario, el zircón, sobrevivieron sin cambio alguno, protegidos por una persistencia que no era de este mundo, superaron, sin que se produjera ni la más mínima variación en su estructura, movimientos y fracturas, derretimientos y solidificaciones, todos increíblemente violentos y duraderos, o sea, que quien hubiese mirado abajo, habría visto esto y habría visto, además, lo que ocurrió encima de dicho manto, en los procesos tremendos y monumentales de la corteza terrestre, cuando entre los lentos desplazamientos y las gigantescas magulladuras de las placas tectónicas se formó la corteza con su estructura magmática en gran parte uniforme y habría vuelto a encontrar, en esta estructura, el olivino, el piroxeno, el anfíbol y la biotita, es decir, habría visto el gabro, del que consiste, de hecho, la corteza y habría podido seguir cómo, al ir ascendiendo, iban apareciendo las llamadas rocas ácidas, entre ellas el célebre cuarzo, famoso por su extraordinaria resistencia, cómo se iban formando en las gigantescas grietas los filones de dolerita y cómo se alzaba sobre éstas la capa de basalto y, en lo alto, el llamado sedimento con la lava y el proceso implacable de la meteorización, habría

comprobado, pues, cómo se construyó desde las terroríficas honduras aquello que luego condujo a la superficie, es decir, en lo más alto de los sedimentos, a aquel terreno de pocos metros cuadrados creado por el agua, el viento, el calor y el frío glacial y, desde luego, por millones de bacterias, que debajo de este jardín en concreto era un terreno oscuro, productivo, blando, al que la gente del lugar llamaba *kurotsuchi*, o sea, tierra negra, es decir, que quien hubiera podido y sabido mirar realmente abajo, habría podido elegir este camino, pero también aquel que llevaba al mundo de los cristales, en cuyo caso, al mirar o, mejor dicho, al pensar hacia abajo, se habría preguntado qué fuerzas, qué juegos inefablemente complejos e imponderablemente serios del azar divino, habían creado la materia sólida, ese orden mágico de iones y átomos tanto en el Universo como aquí en la Tierra, se habría preguntado qué razón divina pudo crear este orden y el fundamento de todo orden, la estructura cristalina, se habría preguntado, deseoso de comprender, por qué aspiraba la materia, caótica en su origen, con sus partículas agitadas, revoltosas, caracterizadas por movimientos irregulares, a responder a las leyes de la geometría, por qué quería ordenarse según reglas aquello que hasta entonces se había arrastrado sin regla alguna impulsado por las llamadas fuerzas del azar, y se habría preguntado, al investigar las profundidades del jardín, si realmente comprendía el sentido y el significado de los sistemas de cristales, de las clases de cristales, de las células elementales, de la variedad aparentemente infinita de las formaciones cristalinas, de la existencia de las leyes de la simetría, de la ley según la cual la fuente de la inmortalidad no es más que la propia repetición, habría podido seguir por tal vía, habría podido elegir tal camino quien en ese momento, a esa hora tardía de la mañana en que el nieto del príncipe Genji pasaba por delante de los escalones de piedra y de la puerta de piedra, hubiese deseado averiguar qué había creado ese jardín desde debajo del suelo, aunque lo correcto habría sido que, al detenerse en el jardín para saber qué había debajo y qué lo había creado, hubiera centrado su atención en un único elemento decisivo que servía de materia fundamental para la estructuración tanto de la Tierra como del propio jardín y que, encerrado en las fórmulas misteriosas, complementarias y diversificadas, de las diferentes formas del SiO₂, se hallaba en el olivino, en el piroxeno, en el anfíbol y en la biotita, así como en el cuarzo y en el zircón y en casi todo cuanto allá abajo había generado esta Tierra, es decir, lo correcto habría sido que se hubiera concentrado únicamente en el silicio al contemplar esta inmensa historia, en la majestuosa importancia del grupo de los silicatos, que era, en un tiempo y un espacio inconmensurables e invisibles, pero no infinitos, la clave de la idea divina, en cuyo otro extremo se situaban este terreno oscuro, rico y productivo, esta alfombra de musgo, estos ocho cipreses de *hinoki*, este jardín a última hora de la mañana, en ese instante único en el que el nieto del príncipe Genji, ansioso por encontrar un lugar seguro, empeñado en buscar cierta tranquilidad, a una persona y un vaso de agua, pasó por delante de su

entrada apoyándose de vez en cuando en el muro.

XLII

Mientras, el séquito vagaba cada vez más desesperanzado por las calles desiertas del distrito de Fukuine. Cada dos esquinas encontraban una máquina expendedora de bebidas y, convencidos de que los ayudaría, arrojaban cuanta calderilla poseían en su interior, se apelotonaban todos para pulsar los botones y se bebían allí mismo, delante de la máquina, latas y más latas de cerveza, lo cual no sólo no los ayudaba sino que empeoraba incluso su situación, aumentado su borrachera y causándoles un desconcierto cada vez mayor, de tal modo que después de pasar una hora dando tumbos, después de pasar una hora dando vueltas de una máquina expendedora de cervezas a la otra, acabaron en tal estado que, olvidando hasta el recuerdo más opaco de su misión originaria, empezaron a mirar alrededor desesperados en busca de alguien que pudiera echarles una mano, aunque difícilmente habrían sido capaces de explicar en qué consistía exactamente el problema, si en no saber de dónde venían o en no saber adonde habían de ir, si en no tener la menor idea de quiénes eran o en no poder decir por qué habían ido a parar allí, pero, a juzgar por sus miradas, todo cuanto los esperaba era difícil y amenazante, pues sí pudieron comprobar que no había nadie a quien dirigirse, que las calles seguían completamente desiertas, que no iba ni venía, no se acercaba ni se alejaba ni un alma, cuando de pronto a uno de ellos le vino a la memoria que al comienzo del camino, cerca de la estación, habían topado con una mujer, y así se urdió, pues, un plan, que consistía en ir a buscarla, de manera que se pusieron en marcha e, impulsados por la esperanza, llegaron caminando a toda prisa a una estación de la red ferroviaria de Keihan situada más al sur, irrumpieron, por así decirlo, en la estación llamada Tobakaido y se abalanzaron sobre el empleado de los ferrocarriles que se llevó un susto de muerte, pero hablaron de forma tan inconexa, interrumpiéndose, para colmo, el uno al otro, que el hombre, después de serenarse poco a poco, decidió ponerlos en un tren que partía en dirección al centro de la ciudad y devolverlos de este modo al lugar de donde, supuestamente, venían.

Así ocurrió, en efecto. Habló largo y tendido, al tiempo que no paraba de hacer cordiales reverencias, les explicó que debían subirse al siguiente tren que se dirigiese al centro de la ciudad, de modo que obedecieron ciegamente, como si recibieran una orden cuyo sentido y objetivo no debían ni entender ni interpretar, se subieron al siguiente convoy, pero cuando el tren se puso en movimiento, con el séquito en su interior, uno de ellos se dio cuenta de repente de que habían dejado al nieto del príncipe Genji en algún punto del camino, como se expresó.

—¿Y el nieto del príncipe Genji? —no dejó de repetir.

Tanto insistió que todos captaron sus palabras y muchos se asustaron.

No podían volver sin él.

Se apearon en la siguiente parada y volvieron a tener un objetivo, una tarea clara.

Buscar al que habían perdido, buscarlo y encontrarlo y regresar de alguna manera al punto de partida, volver a lo seguro, que, sin embargo, les pareció algo bastante lejano todavía, mientras contemplaban la acera que tenían delante y se tambaleaban ante el edificio de la misma estación en la que se habían presentado ya una vez.

XLIII

La historia del nacimiento de los ocho *hinoki* en aquel lugar se remonta al centro de la provincia china de Shandong, a un bosquecillo de *hinoki* cercano a Taishan donde, después de brotar los conos poliníferos de los árboles, de madurar y estallar luego los sacos polínicos en el día propicio, en el que hacía un tiempo seco y el sol calentaba con suavidad, cientos de miles de millones de granos de polen fueron a parar de pronto a la atmósfera, formando una nube que fue alzada por una corriente de aire caliente que, ya en lo alto, la confió a un viento fuerte que procedía del oeste y se dirigía al este para que la llevara, pasando por el mar Amarillo al centro de la isla japonesa de Honshu y la soltara en la zona sur de Kioto en forma de una lluvia de polen sobre ese pequeño patio del monasterio, alcanzando exactamente la copa del *hinoki* madre hoy ya seco que sólo esperaba esa visita.

Esta historia que parece salida de un cuento era desde luego cierta, aunque sería más afortunado reseñar que todo, desde el bosque de *hinoki* situado en la región de Taishan hasta el árbol que se hallaba, todavía vivo, en aquel patio apartado del monasterio de Kioto, es más bien la historia de un milagro estremecedor, fascinante, incomprensible y pasmoso, puesto que todo el proceso hablaba de cómo millones y millones de obstáculos se alzan en el camino de esta nube de polen, de cómo se destruyen una y otra vez millones y millones de granos y, después, más millones y millones, puesto que sólo obstáculos y dificultades se amontonan ante los objetivos de este gran peregrinaje, obstáculos mortíferos y dificultades aniquiladoras, ya que estos cientos de miles de millones de granos de polen destinados a la prolongación de la vida, cientos de miles de millones de futuros gametos invisibles para los ojos, masculinos, sencillos y de superficie esférica, estaban en realidad tan expuestos a los ataques continuos de los azares asesinos que en China, en aquel bosquecillo de *hinoki* que se alzaba en el centro de la provincia de Shandong aún resultaba inimaginable que uno solo de estos cientos de miles de millones de granitos de polen de *hinoki* llegara a su meta, a aquel patio apartado del monasterio de Kioto para fecundar una única célula femenina entre los conos fértiles. Para esta nube de polen, el mundo era el laberinto imprevisible del azar, una estructura inconcebiblemente compleja donde todo, todo en el sentido más estricto de la palabra, aspiraba a destruirla. Si hubiera llovido el día en el que se abrieron los sacos polínicos y los granos abandonaron a las plantas madre, toda esa cantidad de polen habría desaparecido. Si no hubiera habido una corriente de aire que levantara la nube aquel día, las partículas se habrían esparcido por la zona, donde los acechaban miles de peligros: si hubieran caído en una cascada, un arroyo,

un río o un lago, se habrían hundido, se habrían convertido en parte del fango, habrían sido devorados por mosquitos y gusanos acuáticos, y listo, se acabó. Si el aire los hubiera llevado a una corriente en chorro en la que el viento soplara de este a oeste y no al revés, el resultado habría sido imprevisible o quizá muy previsible, puesto que el polen habría caído sobre otras hierbas, árboles, plantas selváticas, desiertos, sin posibilidad alguna de prosperar, y listo, se acabó. Y si hubieran alcanzado la isla japonesa de Honshu y no se hubieran precipitado y sumergido en el océano, habría bastado que cayeran sin más en el suelo en tierra firme, puesto que allí ejércitos enteros de caracoles, hormigas, hongos y mohos sólo aguardaban el momento de aniquilarlos, o sea, que, una vez más, listo, se acabó, se acabó y se acabó. Si se hubiera producido una lluvia y se hubieran adherido a las hojas de los bosques, a las cortezas de los árboles, tampoco habrían prosperado... Esta cantidad de posibilidades de destrucción resulta, en definitiva, simplemente imposible de enumerar, por inconmensurable e inconcebible, aunque lo cierto es que, en efecto, destruyó en el camino gran parte de los cientos de miles de millones de partículas de la nube de polen procedente de Shandong, ya que fue impresionante el aniquilamiento hasta que llegaron, fueron terroríficas las pérdidas hasta que alcanzaron aquel *hinoki* solitario en el patio del monasterio, de tal modo que sólo se puede repetir: es increíble que un grupo de granos de polen suficientes, de entre cientos de miles de millones, alcanzara la meta a pesar de todo y pudiera ocurrir entonces aquello para lo cual estaban destinados, los granos se introdujeron entre las escamas ovulíferas y, esperando allí circunstancias propicias, sobre todo el calor, llegaron finalmente a las puertas de la germinación y, formando el tubo polínico, alcanzaron por fin la sustancia interior de las escamas, la atravesaron por último y se reunieron con las ovocélulas y crearon una vida nueva de sexo neutro, crearon la semilla que, después de madurar, lo cual suele durar un año más o menos, contiene ya todas las características del futuro *hinoki*, contiene sin excepción alguna toda la planta venidera, de allí que resulte mucho, muchísimo menos dramático que la común historia de los cientos de miles de millones de granos de polen y este único *hinoki*, puesto que a las semillas las acecha una cantidad de peligros incomparablemente inferior, ya que les basta caer en las proximidades, caer, concretamente, en un sitio adecuado después de madurar en primavera, que es, precisamente, lo que allí ocurrió, o sea, que ocho de los aproximadamente diez millones de semillas maduras no sólo cayeron en el lugar adecuado, sino incluso en el mejor lugar posible, en la corteza de una conífera llamada árbol nodriza y ya totalmente podrida, en el mejor lugar porque era el que ofrecía la mayor protección para un *hinoki* de este tipo, de tal modo que la germinación y el nacimiento de la plantita, del retoño, transcurrieron sin mayores riesgos, si bien no acabaron allí las pruebas a las que fueron sometidos esos ocho retoños, no, por cuanto las semillas no estaban expuestas a muchos peligros, pero sí lo estaban, en cambio, aquellas

pequeñas plantas inermes y entregadas que brotaban de ellas. A un tiempo suave podía seguirle un tiempo frío e invernal, podía caer nieve sobre aquellas débiles plantas, que podían terminar rompiéndose, y listo, se acabó. Las gotas de lluvia también podían resultar terminales, pues por el peso con el que se precipitaban arrojaban contra el suelo a los retoños, que bien podían enderezarse, pero podían tumbarse de nuevo debido a otra gigantesca gota, que rompía finalmente los tejidos protectores exteriores o erosionaba el terreno y extraía así las minúsculas raíces, de tal modo que la planta se secaba, y listo, se acabó. Podían venir luego los grandes enemigos, los gusanos, las chinches, las babosas, que acababan incrustándolos en la tierra, donde ya sólo quedaban los hongos y las bacterias para realizar la tarea definitiva, el trabajo sucio, la eliminación... Y todo ello ocurría en millones y millones de casos, pero no ocurrió en ocho casos, allí, a pocos pasos de distancia de la planta nodriza, puesto que de esas ocho plantitas, que sobrevivieron a todos los peligros ulteriores, crecieron por último unos árboles inmensos, ocho gigantescos y maravillosos cipreses de *hinoki* en el patio de un monasterio, como mensajeros que traían una frase edificante desde gran distancia, que traían un mensaje en su raigambre expansiva, en su tronco recto y en su follaje delicadamente imbricado, un mensaje en su historia y en su existencia que nunca nadie entenderá, ya que, por lo visto, su comprensión no ha sido confiada a los hombres.

XLIV

El nieto del príncipe Genji era de una belleza extraordinaria. Inclinando apenas la cabeza, se hallaba ante el incensario de la ofrenda y pronunciaba unas palabras de despedida ante Buda. El pelo negro, sedoso y centelleante le caía sobre los hombros y enmarcaba suavemente su rostro, cuya extraordinaria belleza recordaba, en efecto, la de su abuelo. La frente lisa, sin arrugas, el color níveo de la cara, la misteriosa vellosidad de su cutis, lo conservaban joven. Sus cejas curvadas con delicadeza, sus ojos dibujados con trazo seguro y perfecto, su nariz, delgada, rectilínea, aunque ligeramente arqueada, sus labios exuberantes, ya habrían bastado para maravillar a cualquiera, pero, como si los dioses hubieran querido cumplir al menos un deseo del príncipe Genji, introdujeron en la mirada del nieto todo cuanto el antepasado mundialmente famoso en su día sabía sobre el contenido de la belleza radiante, cuya pérdida eterna, cuya destrucción y destino tantas veces había llorado.

La mirada del nieto del príncipe Genji impresionaba, en efecto, a quien podía verlo.

Era la confirmación en la realidad de que la sensibilidad humana, la solidaridad y la compasión, la discreción y la buena voluntad, el tacto y la humildad, la excelsitud y la vocación para grandes metas poseían un mundo en la tierra.

Las varillas humeantes de la ofrenda ya casi se habían quemado en el enorme incensario de bronce.

El fragante humo se volvió más y más delgado y sutil a medida que se alzaba, se arremolinaba y serpenteaba en dirección al pabellón de oro.

Las esporas particularmente pequeñas del musgo blanquecino fueron a parar al aire después de la destrucción de una almohadilla de musgo seco y muerto que provenía de un lugar indeterminado y que aún contenía algunas esporas vivas y, a raíz de unas circunstancias también particulares —su tamaño de una pequeñez extraordinaria, de quince micrones en gran parte—, llegaron, concretamente, a lo más alto que pueda imaginarse para una nube de esporas flotantes de este tipo, allí donde la corriente de las capas altas de la atmósfera denominada corriente en chorro, después de dar vueltas alrededor de la tierra con ella y con miles de millones de otros elementos flotantes, tales como virus, bacterias, partículas de polen, fragmentos vegetales, colonias de algas, lo soltó todo, con un remolino de aire, sobre el centro de la isla japonesa de Honshu, para hacer llegar finalmente las esporas, dentro del sistema complejo e inabarcable de las terribles casualidades de la naturaleza, a aquel patio protegido y abandonado de un monasterio, para que las rodearan los ocho cipreses de *hinoki* ya bellamente desarrollados, para que germinaran aquí y allá sobre un terreno propicio para el proyecto de una almohadilla de musgo, en la época de las abundantes lluvias de los monzones, es decir, para que empezaran su peculiar e inconmensurable historia..., de modo que germinaron, pues, echaron al principio los llamados protonemas o filamentos primordiales, y se desarrolló así la colonia protonemática que, tras cubrir parte del suelo, logró crear, al cabo de unos meses propicios, la planta del musgo denominado *Leucobryum Neilgherrense*, procedente, como su nombre indica, del sur de la India, las fue creando una tras otra, plantitas todavía pequeñas y sumamente desprotegidas, con hojitas, tallitos y raicitas todavía pequeños y sumamente desprotegidos, de los cuales no tardó en evolucionar la verdadera planta, con un tallo de verdad, unas hojas de verdad y unas raíces de verdad, de la que surgieron, a modo de colofón, los órganos sexuales, órganos masculinos y femeninos en una sola planta, entre los cuales la célula sexual masculina, que se traslada mediante flagelos en alguna gota de lluvia que ha caído, puede dirigirse a la célula sexual femenina y juntarse con ella, que es exactamente lo que ocurrió para que pudiera presentarse la posibilidad de que apareciera la generación de esporófitos, la que presenta esporas asexuales, y para que podamos volver allí donde se puso en marcha esta maquinaria mágicamente carente de objetivo, la creación de los esporangios, donde, en el caso de circunstancias favorables, nuevas esporas se preparan para que esta historia no concluya jamás, para que algo empuje, algo haga avanzar de forma imparable todo este inconcebible mecanismo.

Bien es cierto, sin embargo, que en este jardín las almohadillas diversas y separadas habían concluido las actividades preceptivas de la generación sexual y asexual, obedeciendo a las leyes de su especie, pero crecían, de hecho, de forma que una misma planta de musgo iba echando más y más brotes nuevos e iba expandiéndose alrededor de los árboles de *hinoki* para, un buen día, fundirse por completo con las otras y crear así una única alfombra de musgo, compacta, de matices plateados, gruesa e inmortal, puesto que ésa era la meta, desde el principio de los principios, todo, desde las esporas que, proviniendo de aquel manto de musgo seco, habían ido a parar al aire y, más concretamente, a la corriente en chorro, pasando por la mudanza fructífera de la célula sexual masculina que fue a parar a la gota de lluvia, hasta la formación de la superficie uniforme de las almohadillas de musgo y de su color plateado, lunar, de irisaciones opalinas, realmente todo, cada minúsculo acontecimiento, giro y éxito, conducía allí, quería esto, quería que naciera este conjunto de ocho *hinoki* y una fascinante alfombra de musgo plateado, que se hiciera realidad ese jardín encantador del mundo, que lo describieran, que apareciera precisamente como el número cien, después del noventa y nueve, en el libro ilustrado titulado *Cien hermosos jardines*, que este hecho despertara un anhelo eterno en el nieto del príncipe Genji, que lo buscara sin descanso y que, por último, quizá lo encontrara siguiendo una indicación acertada, o no, que no lo encontrara jamás, por causa de un único instante, de un único minuto tal vez, todo para que un buen día, hoy, ahora, a última hora de la mañana, pasara de largo, todavía mareado por el estado de debilidad que lo había afectado, para que se dirigiera, apoyándose en el muro, hacia un santuario más tranquilo y, por tanto, lo perdiera para siempre, todo solamente para eso, desde las primeras esporas hasta que cayeron desde lo alto entre los cipreses de *hinoki* que precisamente empezaban a verdear.

XLVI

El perro muerto al pie del ginkgo parecía haber acudido allí con la única intención de dormir. Abrazaba suavemente el tronco con su cuerpo apaleado hasta la muerte y su cadáver ya frío emanaba una tranquilidad tan sutil que si alguien lo hubiera visto, habría llegado a creer que al menos había conseguido aquello que podía alcanzar al final de su horrible vida: la paz eterna.

Sin embargo, sus cuatro rígidas patas testimoniaban otra cosa, las dos patas delanteras y las dos traseras que había estirado en el último instante de dolor y que se quedaron en esa posición, rígidas, estiradas, pero cruzadas, la pata delantera izquierda adelante, la pata delantera derecha atrás, la pata trasera derecha adelante, la pata trasera izquierda atrás, todo ligeramente levantado, en el aire. Esas cuatro patitas estiradas revelaban que no había encontrado la paz eterna, puesto que la soledad horripilante de la que venía no conducía a otro sitio, sino a otra soledad, definitivamente horripilante.

Y seguía corriendo.

Con su cuerpo en manos ya de la muerte abrazaba suavemente el tronco del ginkgo, pero seguía corriendo.

Entre las dos horripilantes soledades, esas cuatro patas cruzadas, echadas hacia adelante y hacia atrás en el momento de quedar rígidas, suspendidas en el aire, mostraban sin lugar a dudas que no podían dejar de correr.

Seguían corriendo, yendo a toda marcha, a toda prisa, porque era preciso ir a toda marcha, a toda prisa, a toda carrera, correr y correr y correr como si esto nunca, nunca, nunca acabara.

XLVII

No encontraron a la anciana, pero, a decir verdad, tampoco disponían de muchas posibilidades de hallarla, pues apenas osaban alejarse de las inmediaciones de la estación de Keihan, hasta tal punto temían que, si se empeñaban en recorrer el laberinto de esas calles sumamente enigmáticas para ellos, jamás encontrarían el camino de regreso, tal como había sucedido en las horas anteriores, o sea, que no se arriesgaron, fingieron dirigirse en esta y aquella dirección, dieron unos pasos cautelosos cuesta arriba, pero con la mirada siempre puesta atrás, decididos a no perder de vista el edificio de la estación, de modo que no llegaron a ningún sitio, no encontraron a nadie, y menos aún al nieto del príncipe Genji, a quien, para colmo, habían vuelto a olvidar, pues no había pasado ni media hora y ya no sabían qué buscaban, ya no sabían a quién perseguían con tanto ahínco, por lo que en un momento dado uno de ellos declaró que ya estaba bien, que era el momento de regresar, a lo cual los demás asintieron con la cabeza al tiempo que murmuraban que sí, que era lo correcto y acertado, y dieron, por tanto, media vuelta, se subieron al siguiente convoy y, tan pronto como se cerraron las puertas a sus espaldas, se sentaron en los asientos del vagón vacío, se arrellanaron en fila, uno al lado del otro, se sintieron de repente otra vez a salvo, estiraron las piernas, se aflojaron las corbatas, se desabrocharon los botones superiores de las camisas y fueron resbalando hacia abajo en los asientos, o sea, que cuando el tren aceleró y alcanzó la llamada velocidad de crucero entre las dos estaciones, todos dormían como lirones, vencidos por la modorra, las corbatas se desplazaron hacia un lado, las camisas se arrugaron, las piernas, buscando la posición más cómoda, se cruzaron ora a la derecha, ora a la izquierda, y, cuando el convoy entró en la estación de Shichijo y empezó a frenar, ya nada pudo despertarlos, ni el chirrido de las puertas, ni la entonación melódica y definitiva de la señorita que anunciaba las paradas por los altavoces, que se mostraba, desde luego, inflexible y que, en aquel aire viciado por el tufo a alcohol y entre los ronquidos más y más intensos y expansivos, iba diciendo con voz mecánica, de una paciencia sin igual y comprensible incluso para un idiota, iba diciendo con toda la simpatía del embrutecimiento lunar, de forma bien articulada y alegre, como si todo fuese la mar de divertido, en particular aquel día, como si todo fuese increíblemente fascinante, iba diciendo: *Shimaru dooro ni gochui kudasai* y, casi asfixiada ya por la alegría, *Tsugi toa Shijo de gozaimasu* y, con un matiz de advertencia brillante por su discreción, *Mamonaku Shijo de gozaimasu* y, una vez más, *Shimari dooro ni gochui kudasai*, y así sucesivamente, así sucesivamente, sin prestar atención ni al hedor ni a los ronquidos, con tono arrullador, íntimo, seguro, con la fuerza insondable de la violencia estúpida.

XLVIII

El nieto del príncipe Genji se hallaba en la entrada de la estación de Keihan. Se volvió para echar un vistazo a la montaña, pero por alguna razón ya no veía bien desde aquel lugar. Contempló la calle por la que acababa de llegar y que, de hecho, no le recordaba aquella que terminaba de recorrer. Se quedó titubeando ante la entrada de la estación de Keihan. Debía partir; sin duda, se preocupaban por él.

Volvió a la calle de antes y decidió desandar lo andado.

No era ésta la calle.

Regresó, pues, a la desembocadura, volvió a mirar y sacudió la cabeza, incrédulo.

Todo era completamente distinto: las casas, la acera, las vallas, los tejados.

Volvió, por tanto, sobre sus pasos, por donde había venido cuesta abajo. Recorrió calles totalmente diferentes, convencido, sin embargo, de no equivocarse, de haber venido por allí. A veces se detenía, inseguro, examinaba los pequeños cruces, las desembocaduras de las calles, a veces daba unos pasos atrás, ladeaba la cabeza, trataba de tornar a la mirada de antes y recordar las casas, las vallas, los tejados: era una zona completamente diferente.

Sus pasos se deslizaban con delicadeza por el empedrado. Confiaba en que el camino empezara a ascender en cualquier momento, pero no percibía nada de eso. Llevaba como mínimo diez minutos por el camino de vuelta.

Ya debería haber llegado.

Las calles eran completamente distintas, las casas eran extrañas, las vallas eran otras; los tejados, también, dondequiera que mirase.

Estaba convencido de haber bajado por allí.

Llegó al punto donde deberían haber encontrado el muro del monasterio y el puente.

Ni muro ni puente. Casas diminutas, vallas bajas, tejados planos.

El nieto del príncipe Genji no siguió el camino.

Dobló con cuatro pliegues el pañuelo blanco de seda que siempre llevaba en la mano y lo introdujo en el bolsillo secreto del kimono.

Miró el lugar por el que había pasado.

Buscaba el muro, el puente, la puerta, el monasterio.

Miró arriba atentamente.

Supuso que alguna pequeña señal le revelaría algo.

Pero en vano: allí no había nada.

XLIX

El nieto del príncipe Genji esperaba el tren de Keihan en la estación. Estaba solo. Aparte de él, únicamente podía verse, a través de la ventana de su minúsculo despacho, al jefe de estación que, inclinado sobre el tablero electrónico que reflejaba la circulación, apuntaba algo en un cuaderno, algo que en esos momentos era preciso apuntar. No había nadie salvo el nieto del príncipe Genji, con el pañuelo de seda blanco en la mano, que había vuelto a sacar y que se llevó a los labios, y así permaneció en el andén, con el pañuelo ante la boca, esperando el siguiente tren que había de entrar, según el horario, en la estación de Keihan, y a sus espaldas sólo centelleaban dos máquinas expendedoras de bebidas colocadas una al lado de la otra, como dos hermanos torpes e inútiles, en uno de los cuales los guiños rojos significaban «caliente» mientras que en el otro los guiños azules significaban «frío» como el hielo, o sea, que se podía pedir té verde y chocolate, sopa de algas y miso, cerveza y una carretada de bebidas tonificantes, con el rojo las bebidas calientes, con el azul, las heladas, sólo ellas se hallaban detrás del nieto del príncipe Genji en la estación de Keihan, sólo esas dos máquinas huérfanas, enclenques y desgraciadas en ese día particular que empezó con una mañana soleada que se volvió tempestuosa y que llegó a la noche, y no había nada más, ni un pasajero, sólo él con su kimono azul claro, inmóvil, enhiesto, apretando con fuerza el pañuelo de seda blanco contra los labios.

L

El tren de Keihan llegó con un rechinar de frenos. Se detuvo ante el andén vacío, las puertas se abrieron, pero no se apeó nadie ni subió nadie, de modo que no tardaron en cerrarse con un gran suspiro, el jefe de estación, cumpliendo con su deber, miró el andén desierto, primero a la izquierda, después a la derecha, alzó entonces la paleta, pulsó luego el botón en la columna de mando, hizo una lenta, profunda y ceremoniosa reverencia y así se quedó, inclinado casi hasta el suelo, inmóvil y disciplinado, hasta que el convoy abandonó la estación y desapareció rumbo al norte, en dirección a Shichijo, para regresar a Kioto, la ciudad maravillosa, donde en esos precisos instantes se producía, en algún sitio, una gran desgracia.

